

mundo gráfico

Miércoles, 27 de Enero de 1937

AÑO XXVII
Número 1317
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



La guerra en las cumbres

Un puesto de vigilancia
en las cimas nevadas
de la Sierra

ESTAMPAS DE LOS FRENTE S

La propagan- da cerca del campo enemigo

Los soldados de un bata-
llón del frente madrileño,
en un paréntesis de la
contienda, dirigen la pa-
labra a los fascistas utili-
zando como altavoz la
bocina de un gramófono



Desde lo alto de un árbol de la Sierra el corneta da la orden de alto el fuego
(Fots. Albero y Segovia)



Un puesto de vigilancia en las cumbres, cubiertas ya por la nieve

"Carmonita", el más viejo del batallón

Torero, orador y "barman".



—Imagínate que yo nunca me había «embarcado»...— cuenta a Carlos Rivera «Carmonita», el miliciano más viejo del batallón (Fot. Video)

Aquel mitin ante los mineros andaluces...

Miedo por arrobos

EN sus buenos tiempos de «chavea», *Carmonita*, entre otras muchas cosas, quiso ser torero. La «mardita atisión» le recomía la sangre. Allí donde había una capea, el aspirante a matador de toros hacía acto de presencia con su capotillo rojo.

Carmonita me dice que aquella «afisión mardita» le cambió la vida. El debió decidirse por los libros, en lugar de por la muletilla y el estoque.

—Pero cuando me di cuenta, ¿tú comprendes?, ya era mu tarde. Eso es, ¿sabe tú? Y la cosa es que a mí los libros me tiraban bastante. ¡Pero lo que pasa! Así que tenía una temporadita libre, en la escuela que estaba yo... Y cuando iba aprendiendo algo, otra vez mi padre me llevaba a guardar las vacas.

—Y ya que te decidistes por los toros, ¿cómo es que no has llegado hasta el final?

—¿Por qué, compañerito mío, por qué iba a sé? ¡Que luego me resurtó lo que a tantos pobrecitos! Este que fú ve aquí, *Carmonita*, ¿sabe tú?, se asustaba de su mismo miedo.

Los «esqueletos moribundos»

La infancia, la mocedad y la madurez de *Carmonita* —Francisco Sanz Carmona—transcurrieron, no muy plácidamente por cierto, en su tierra natal. Nació en X..., hace ya la filigrana de sus buenos sesenta años. Trabajó en muchas cosas, en la mina sobre todo, hasta que, al fin, logró emanciparse y fué dueño, en la capital, de uno de los bares más acreditados.

Durante su mocedad fué minero y militante activo en los Sindicatos de la época, habiendo participado en aquellos primeros movimientos de la lucha social española que trascendieron a todo el Universo. Cuando la histórica huelga de los mineros de Ríotinto, *Carmonita* era uno de los trabajadores que más se distinguían en la tribuna proletaria defendiendo los intereses de la clase. De él se recuerdan por allá cosas realmente pintorescas. Que no era un gran orador, lo reconocía y lo reconoce él mismo.

—Camaradas, trabajadores—comenzaba en cierta ocasión entonces—: Perdoná si digo algo que no esté bien dicho; pero a un trabajador como vosotros no se le puede pedir otra cosa. Yo sé que vosotros me entendéis, aunque yo no sepa lo que digo, ni vosotros lo que escucháis. ¡Pero pobre de aquel que se atreva a interrumpirme, porque estoy seguro de que vosotros lo callaréis en seguida!

—¿Qué fué aquello de los esqueletos, que tanto me han ponderado?

—Una de esas cosas que se le escapan a uno, ¿tú comprende? En un mitin de afirmación revolucionaria, mientras sosteníamos una de aquellas huelgas famosas,

incité a todos a continuar el movimiento, y les dije que no creía yo que estuvieran dispuestos a continuar siendo unos «esqueletos moribundos»...

—¿No te hicieron nada?—le digo con sorna.

—¿Qué va, chiquillo? Nadie se dió cuenta de la equivocación, y aquella tarde coseché más aplausos que un buen matador.

La huída

Trabaja que trabaja, consiguió su emancipación económica y formar un hogar. *Carmonita* se hizo *barman* y fué dueño de uno de los más acreditados establecimientos de X... Su casa era la casa de todos. En ella se celebraban reuniones de significada gente de izquierdas.

Pocos días después de estallado el movimiento fascista, cuando las tropas de Queipo de Llano estaban a las puertas de Huelva, *Carmonita* huyó en un barco.

—¡Huy, qué días más amargos pasé! Imagínate que yo nunca me había embarcado. Paramos en Casablanca, y de allí, a los pocos días, fuimos a Barcelona. Después he visto bastantes capitales que tampoco conocía. Y, por fin, llegué a Madrid.

El miedo y la muletilla roja

Carmonita es el miliciano más viejo del batallón. Así que llegó a Madrid, se apresuró a enrolarse. Cuando intentaron rechazarlo, porque rebasaba la edad, se le ocurrió argumentar su solicitud de esta forma:

—¿Entonces, camarada, pa qué he salío huyendo de mi casa?

Llegó a Madrid en los momentos de mayor peligro. El no desconocía la situación. Estando en Barcelona reunido con varios paisanos, hartos ya de no hacer nada, decidió venir a la capital de la República.

—Paisanos—les dijo—: tengo más miedo que nadie; pero me voy a Madrid.

Carmona tiene ideas muy geniales sobre la Revolución y el momento actual. El cree firmemente en el triunfo del pueblo. Y lo que es más: en un triunfo rápido y aplastante.

—¿Cómo crees que terminará la guerra?

—Yo no sé. Pero a mí me parece que el día menos pensao nos levantamos y ya no hay ná. La guerra va a tené una muerte repentina. Con decirte que yo pienso está otra vé en mi casa dentro de poco, está dicho tó.

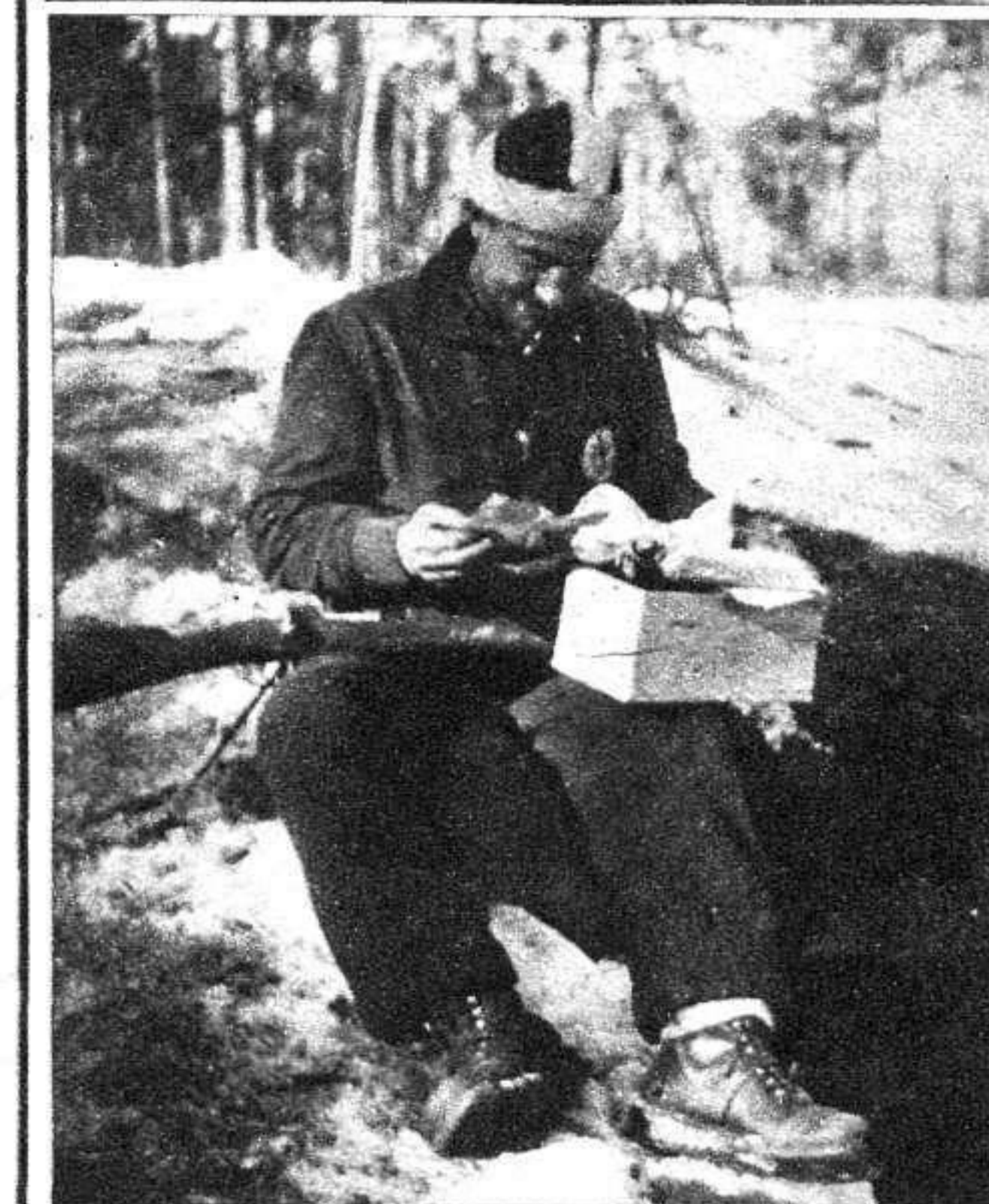
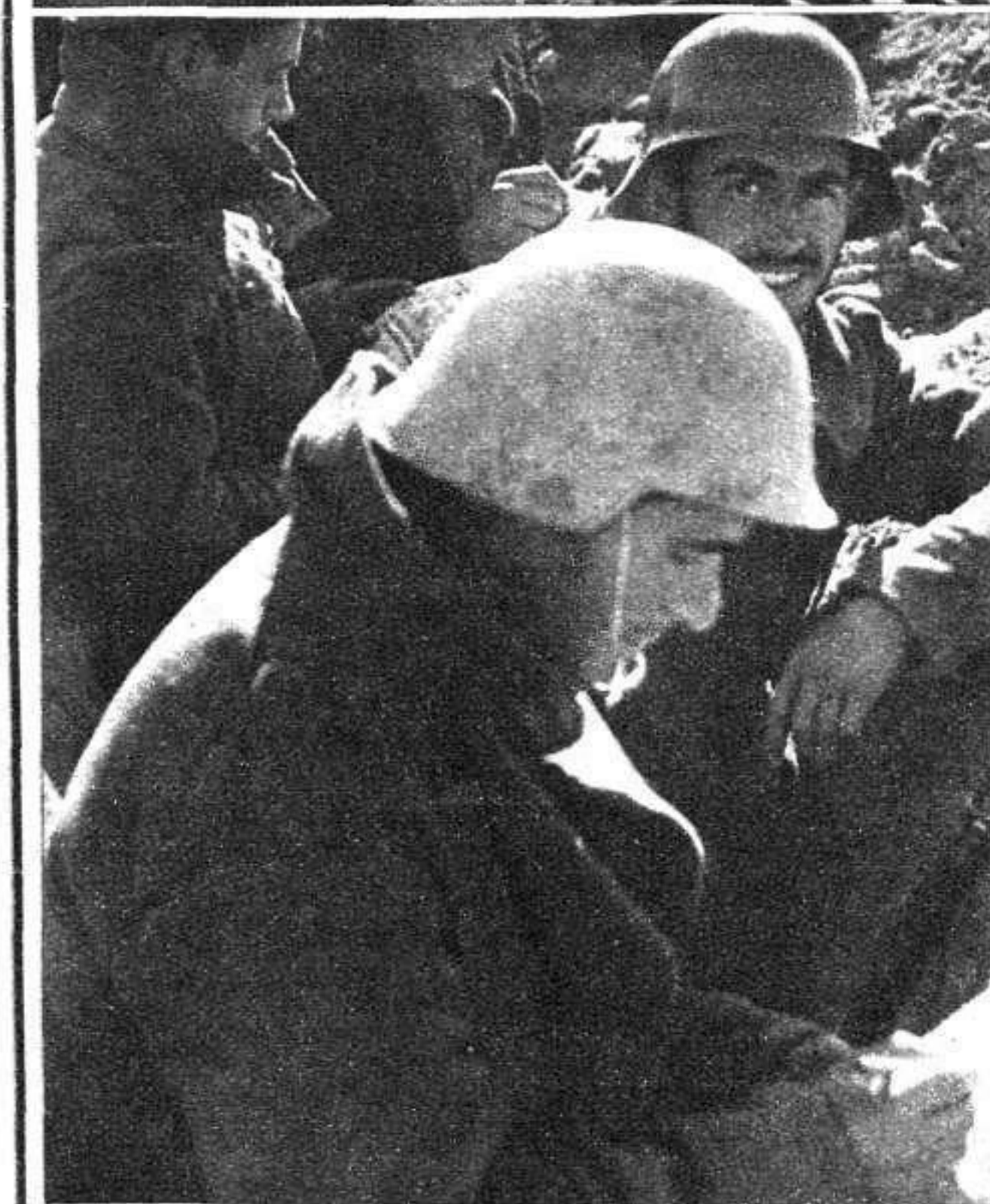
Con sus sesenta años, *Carmonita* es relativamente feliz. No es el viejo que se torna niño, sino el infante que nunca envejece. Yo le he visto abrazado al trapillo rojo de su muleta de aficionado, bañando en lágrimas el recuerdo de su niñez lejana.

—¿Para qué quieres eso?

—¿Esto? ¿Esto?... Esta muletilla, ya que no me sirvió pa ná cuando quise sé torero, servirá ahora de bandera de la Revolución. ¡Que pa eso tiene el coló de la sangre!...

CARLOS RIVERA

LAS CARTAS DE LOS COMBATIENTES



En las treguas de la lucha, los combatientes escriben a sus familiares o leen emocionadamente las cartas que éstos les envían (Fots. Albero y Segovia y Díaz Casariego)

La obra del Socorro Rojo Inter- nacional en Valencia



El Sanatorio Hospital Popular, en La Mal- varrosa

UNA de las obras más meritorias y eficaces realizadas por el Socorro Rojo Internacional en Valencia es la de atender el Sanatorio Hospital Popular, en La Malvarrosa.

Desde lejos, mucho antes de llegar al pie del edificio, se perfila éste entre una ubérrima huerta repleta de naranjos.

La construcción—en la que se mezclan los estilos mudéjar, renacimiento y moderno—es de una gran belleza. Tiene forma de doble escuadra y alcanza más de cien metros de longitud. El mar está a menos de un kilómetro de allí.

El Radio Comunista Puerto se incautó del edificio, conservándolo y entregándolo al S. R. I. en mejores condiciones que aquellas en que fué encontrado. En el local continúan prestando sus servicios cuantos en él se encontraban en el primer momento.

Hemos recorrido lentamente el edificio, en el que todo es método y organización, claridad y alegría. Galerías largas, camas cara al sol. Chiquillos de diversas edades hacen cura en esta hora luminosa y diáfana. En este Sanatorio Hospital se atiende principalmente a la tuberculosis de hueso y de articulaciones. Se hace también toda suerte de operaciones de cirugía infantil.

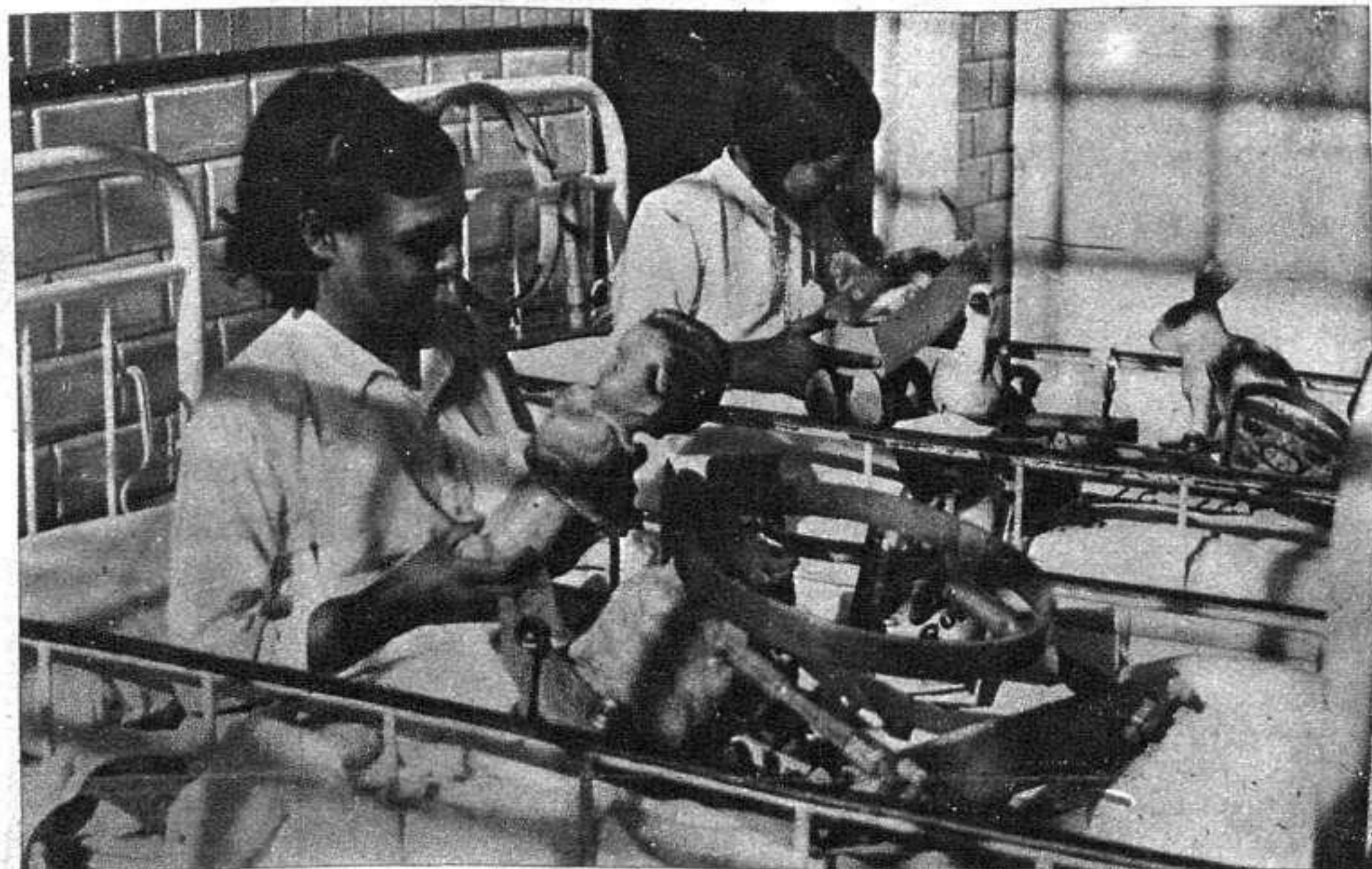
Unos datos, recogidos al pasar, amablemente facilitados por el personal del establecimiento. En estos momentos hay hospitalizado un centenar de niños. Se han practicado 3.569 curas, se han puesto 3.306 inyecciones, se han hecho 2.500 aplicaciones de vacuna antitífica. Se han hecho curas de hernia, apéndice, traumatismo, fracturas, deformidades...

Aquellas 3.569 curas no se refieren sólo al centenar de enfermitos acogidos en este Sanatorio. Son también de los hombres y las mujeres que viven en los inmediatos poblados marítimos, y que, faltos de recursos económicos, acuden a este establecimiento en la seguridad de ser celosamente atendidos.

Ahora, al empezar el año, hubo en el Sanatorio, como en otros establecimientos del mismo género, reparto de juguetes entre los chiquillos. Se registraron con este motivo casos de verdadera y honda emoción. En la expresión de los chiquillos—impedidos muchos, recostados sobre sus lechos—se reflejaba una intensa y conmovedora alegría. Apenas llegaron a ellos los primeros juguetes, un fuerte estrépito resonó por aquellas galerías, inundadas de sol. Trompetas, acordeones, violines, tambores sonaban incesantemente mientras los chiquillos refan. La alegría vencía al dolor al sortilegio de aquellos juguetes. La escena puso una emoción de lágrimas en los ojos de muchos de los que allí estaban. Era conmovedor ver reírse y jugar a aquellos enfermitos de rostros pálidos y cuerpos enyesados.

Todos esos chiquillos no saben nada de la guerra, ignoran el tremendo dolor que pasa ahora sobre España. No deben saberlo. Ya tienen ellos su propio dolor, el dolor de sus carnes rotas, de sus naturalezas agotadas antes de tiempo, de sus cuerpos atormentados por la fiebre. Que ignoren, mientras estén aquí retenidos por su propio dolor, esta otra gran pesadumbre que está desgarrando a España.

ANTONIO PLAZA



Los enfermitos reciben alegremente los juguetes que las organizaciones de retaguardia han enviado a este Hospital valenciano del Socorro Rojo

(Fots. Bondía Valls)

Conchita y Carmen Largo Calvo, hijas del presidente del Consejo de Ministros, están entregando personalmente, costeados por ellas mismas, juguetes a los chiquillos de la capital y los pueblos de Valencia



Conchita Largo sostiene en brazos a una de las chiquillas a las que la hija del presidente del Consejo ha entregado ahora juguetes en Valencia

MIENTRAS en los frentes se combate, hay que borrar del corazón de los chiquillos esta dura emoción de la guerra. Hay que llevar a los niños una sensación de paz, de cariño y de alegría. Esta es la formidable razón espiritual para entregar sin pausas juguetes a los hijos de los que combaten y a los chiquillos que son ya, trágicamente, huérfanos.

Las hijas del presidente del Consejo de Ministros, camarada Largo Caballero, han querido llevar a los niños el don inapreciable de la alegría, y de su propio peculio han sufragado una enorme cantidad de juguetes, que han sido repartidos en la ciudad y en los pueblos, personalmente entregados por Conchita y Carmen Largo Calvo.

En estas horas de angustia que vive España han tenido las jóvenes hijas del hombre que rige los destinos del Gobierno la delicadeza y la espiritualidad de entregar por sus propias manos a los niños los juguetes que generosamente han donado. El acto es sencillo; mas no por ello es menos solemne y lleno de significación.

Eso miles de niños que han visto desaparecer sus hogares entre el estallido horroroso de las bombas; que han visto caer destrozados a sus madres y a sus hermanitos; que tienen sus mayores en la línea de combate, necesitan, sin duda, pan y abrigo. Pero necesitan también alegría, júbilo. Ellos son la expresión más patética de los dolores del pueblo. Pero ellos mismos no pueden ni saben medir, afortunadamente, la intensidad y la magnitud de su tragedia. Sólo nosotros podemos medirla. Por esto, cuando sean hombres, cuando en sus conciencias completamente formadas se proyecte el panorama vivido de la guerra, el recuerdo de la guerra no será sólo el de los bombardeos y el de las terribles matanzas. Será también el recuerdo jubiloso de esos juguetes depositados por manos de mujer en un acto de inefable regocijo, y entonces comprenderán mejor, con la lección objetiva más exacta, cómo a través de aquellos horrores mismos de la guerra surgió para ellos y para todos la vida libre, segura y feliz.

Concha y Carmen Largo Calvo, con su embajada de juguetes, han recorrido, tras la ciudad, los pueblos valencianos. Llevaron a los niños la alegría de unas horas felices.

Era motivo de alegría gratísima ver des-

filar aquellos niños con sus juguetes entre las manitas y con el júbilo pintado en sus rostros.

Los chicos cantaban y gritaban, mostrando, alborozados, sus juguetes. Y las chicas apretujaban entre sus brazos las muñecas, mientras miraban recelosas a lo alto. Parecía como si temieran que las separara de sus bracitos los pájaros negros del fascismo.

Emocionaban las escenas vistas durante estos simpáticos actos, emotivos, además, porque junto a los centenares de niños valencianos se encontraban los niños y niñas evacuados de Madrid. Y se fijaron hondamente en el corazón de cuantos estábamos allí las palabras emocionantes de aquel maestro del Grupo Escolar Pablo Iglesias:

«Los niños que veis son los hijos de los hombres que están dando su esfuerzo por la libertad de la Patria, por la que algunos ya rindieron su propia sangre.

Los niños son la encarnación del amor, la simiente del futuro. Hacéis bien en traerles la alegría de un juguete. Sed bien venidas, y recibid nuestra gratitud. Por nuestra parte, intensificaremos nuestra labor para que estos niños y niñas salgan de aquí aptos para construir una nueva España, culta, libre y feliz.»

FAUSTO LAMATA



Carmen Largo, hija también del jefe del Gobierno, entregando juguetes a las chiquillas de los combatientes, en Valencia (Fots. Vidal Corella)

Cómo va a ser reorganizada la vida teatral

Palabras del delegado de Propaganda y Prensa señor Carreño, a MUNDO GRAFICO

Los espectáculos, como todo en estos momentos, rinden una labor de guerra, y han de estar severamente vigilados para que cumplan plenamente su función. Y para lograr este objetivo, el delegado de Propaganda y Prensa de la Junta Delegada de Defensa de Madrid, señor Carreño España, estudia en estos días un plan amplio de reorganización de los espectáculos. Las normas a que éstos se han de sujetar son, según las declaraciones del señor España, las siguientes:

Seguridad

—Toda la vida, todas las actividades de Madrid—ha dicho el delegado de Propaganda y Prensa—están sometidas en estos momentos, y es lógico que así sea, al control de la Junta de Defensa de Madrid. No es lógico que los espectáculos disfruten de un fuero especial. Hay que atender a la seguridad del público y procurar que sólo funcionen aquellos espectáculos que por ofrecerse en locales seguros tengan alguna garantía de seguridad para el público. En este aspecto, nuestra labor ha de ir encaminada a determinar qué locales deberán ser cerrados y cuáles otros pueden ser abiertos porque no ofrecen, o al contrario, seguridad para el público.

En esta determinación ha de guiarnos la más estricta justicia, sin tener en cuenta intereses que si en época normal son respetables, en estos momentos no tienen importancia ante el interés supremo de la seguridad colectiva.

Control

—¿Quién controlará esa reorganización de los espectáculos que prepara usted?

—Una Junta, que será la encargada de disponer el cumplimiento de la disposición que estoy preparando para someterla a la aprobación de mis compañeros de la Junta Delegada de Defensa de Madrid. Y estará presidida por el delegado de Propaganda y Prensa e integrada por un representante del delegado de Orden Público, otro del delegado de Hacienda y seis miembros de la Federación Local de la industria de Espectáculos Públicos (U. G. T.) y del Sindicato Unico de la Industria Cinematográfica y Espectáculos Públicos (C. N. T.), elegidos en proporción al número de afiliados de cada uno.

Permisos de apertura

—¿Cuándo empezarán a regir esas normas?

—En cuanto aparezca el oportuno decreto. En una fecha que se fije habrán de cesar todos los espectáculos, y los locales quedarán requisados por la Junta Delegada de Defensa, y por medio de la Delegación de Orden Público serán después autorizadas las aperturas que se soliciten y a las que la Junta Delegada estime que debe accederse. Cuando no ocurra así, el local será clausurado y no podrá funcionar.

El trabajo de los parados

Con el proyecto que usted prepara, ¿serán más o menos de los actuales los espectáculos que funcionen?

—Dependerá del cómputo de habitantes de Madrid en el momento de implantar esas normas. Las últimas disposiciones del delegado de Evacuación harán disminuir el número de residentes en Madrid. Y es natural que con esta disminución el número de espectáculos ha de ser, naturalmente, menor también.

Sin embargo—continúa el señor Carreño España—, no por ello han de quedar fuera de actuación y de trabajo los parados del arte teatral y de otros géneros similares. Siento una honda preocupación por este problema, y he de hacer todo lo posible por resolverlo. En mi proyecto está ya prevista la obligatoriedad de incluir en los programas un fin de fiestas de *varietés* en teatros y cines, y un grupo de músicos en el cinematógrafo.

El señor Carreño España termina diciendo:

—Pondré toda mi buena voluntad al servicio de este problema, que procuraré solucionar dentro de la mayor justicia.

Carreño España, hombre sincero y voluntarioso, sabrá cumplir su promesa.—A. DE LA S.



El delegado de Prensa y Propaganda, señor Carreño (Fot. Videal)

¿CUANDO HAS VISTO A LA MUERTE MAS DE CERCA?

Seis meses ya de guerra con un adversario que muchas veces aventajaba al Ejército de la República—que apenas si podía llamarse Ejército cuando todo había de ser improvisado para él—en elementos de combate y aun en el emplazamiento estratégico de sus posiciones, pero no en tesón combativo ni en la firme decisión de vencer o morir. Que a morir o a vencer, sin admitir otros términos, iba todo el Ejército republicano. Y en este dilema, mientras tantas veces creyeron ya tocar con sus manos el seno henchido de la victoria, ¡cuántas otras sintieron batir las alas negras de la muerte cerca de sí! Pero, entre todas, hubo siempre una en que la muerte parecía que se les acercaba más...

1.—Juan González y Nicasio Fernández vienen de un frente y se trasladan a otro, cuando se les cruza en el camino la pregunta.

—Cualquiera sabe cuándo, en cinco meses de guerra casi sin descanso. Desde el día 5 de Agosto, en que nos alistamos...

Los dos pertenecen al batallón *El Socialista*. Juan González, en calidad de cabo de la sección de ametralladoras. Nicasio Fernández, como soldado.

—La muerte la tiene uno cerca en cuanto está al alcance del enemigo. Y, sin embargo, quizá cuando más cerca se la tiene es cuando no se la ve—dice el cabo.

—En Sigüenza... No. Yo creo que cuando vimos la muerte más cerca—dice el soldado—fué en Navalnoral.

Pero no sabe por qué le pareció que tenía la muerte más próxima entonces... ¡Tantos combates enconados, tenaces, por la victoria, que ni siquiera para pensar en la muerte quedaba espacio! Y cuando ya habían pasado los combates, ¡quién pensaba en la muerte, cuya amenaza ya pasó!

2.—Ricardo Serrano, de la U. G. T. Soldado del Regimiento de Infantería número 1. Cree que cuando vió la muerte más cerca fué en un combate, en uno de los frentes de la Sierra, cuando todavía el Ejército republicano disponía de pocos elementos de combate.

—El enemigo avanzaba con tanques, mientras nosotros apenas si disponíamos de alguna ametralladora. Y desde los tanques nos batían con fuego de cañón. Nosotros nos manteníamos en nuestras líneas sin ceder un palmo de terreno. Pero la muerte iba abriendo paso, a través de aquellas filas nuestras, a los tanques, que nos parecían monstruos invulnerables... Hasta que nuestros dinamiteros entraron en acción. Hasta entonces yo no había visto luchar a los dinamiteros. Pero fué algo de una emoción inolvidable. A pecho descubierto, como si la metralla enemiga no pudiera con ellos, se lanzaron sobre los tanques, golpeándolos con las bombas de mano. Dos de aquellos monstruos lograron retroceder, con visibles desperfectos. Otro quedó reventado frente a nosotros.

Acaso allí tuvo Ricardo Serrano su cita con la muerte. Pero, espantada por los dinamiteros, la muerte no acudió a la cita.

3.—Desde hacía varios días no se combatía en uno de los frentes de Madrid—cuenta Vicente Aguado, del ba-

tallón de Artes Blancas—. Y ya se iban acostumbrando nuestras fuerzas a aquella inactividad. Estábamos charlando, casi olvidados de la guerra, olvidados en absoluto de sus riesgos, cuando el enemigo rompió desde sus posiciones un espeso fuego de artillería, mortero y ametralladora. A mis pies reventó un disparo de obús. Y el fusil, entre mis manos, saltó en dos pedazos, partido por la metralla. Pronto, rehechos, respondimos como era debido a aquella agresión. No vi la muerte entonces, porque no tenía tiempo para cuidarme de mirarla—añade—; pero creo que ha sido cuando la he tenido más cerca...

4.—Benito Rodríguez, de las Juventudes Socialistas Unificadas, incorporado al batallón Talavera, recuerda un día en que hallándose en un bajo, en tierras de la provincia de Toledo, y frente al enemigo, parapetado en una loma, el Mando de la República dió la orden de avanzar.

—En aquel encuentro, bajo un durísimo fuego enemigo, logramos el objetivo que nos proponíamos. Pero a fuerza de echarle coraje a nuestro impulso... Un proyectil de mortero, que reventó ante nosotros, me alcanzó en un pie. Es cuando la muerte me ha pasado más cerca... Pero ni la vi siquiera—dice.

5.—La aviación enemiga sobre un pueblo casi sin refugios. Alfredo Balor, voluntario de Castellón en el batallón Teruel número 11, contó hasta doce bombas, que removían brutalmente la tierra.

—No encontramos para protegernos más que una alcantarilla, hasta la que llegamos entre pedazos de metralla—recuerda Alfredo Balor—. Algunos compañeros cayeron junto a mí... Entonces sí vi de cerca la muerte... Puede que fuera porque nuestras armas no podían servirnos de nada frente a aquel ataque. Que con armas iguales no se piensa nunca en morir, sino en vencer...

6.—Cuando cada pueblo de España era como una vieja estampa de un episodio galdosiano, que de las páginas ya un poco desvaídas en el libro se animara prodigiosamente en la realidad...

—El pueblo—un pueblo blanco y verde, en la entraña de la provincia de Córdoba—se levantó con sus propios medios contra los sublevados. Apenas si teníamos armas... Con escopetas de monte, con algún pistolón casi inútil, con piedras, con herramientas de trabajo... Y enfrente, la artillería y la aviación amenazándonos con su formidable poder. Rápidamente los edificios del pueblo se deshacían en los reventones de los cañonazos y las bombas...—dice Santos Salido Rodríguez, que hoy se alinea en el batallón Largo Caballero.

—Entonces estuvimos a punto de morir todos—añade—; pero creo que ninguno «vió» la muerte... Porque nos cegaba la rabia. Sabemos ahora que pudimos verla. Pero eso se sabe después... ¡Cuando la muerte que tuvimos cerca se alejó!—termina.

7.—Desde el mes de Septiembre en las Milicias Ferroviarias. Incorporado a la columna Mangada, con la que tomó parte en tantos combates duros, sobre los duros contornos de la Sierra. Benjamín Ruiz no recuerda haber visto a la muerte «más cerca».

—Se sabe que se puede morir en cualquier momento sin siquiera entrar en combate. Basta una bala perdida cualquiera... Pero no se sabe «cuándo más»—dice.

(Fots. Vide)

J. R. C.



Hacia la construcción de un nuevo "Komsomol"

Diez mil sellos y diez mil postales vendidas en tres días por los muchachos del Radio 1 de las Juventudes Socialistas Unificadas



He aquí algunas de las muchachas que más se han distinguido en la venta de postales y sellos pro «Komsomol», organizada por las Juventudes Socialistas Unificadas de Madrid

el Radio 1 de la Juventud Socialista Unificada. Desde el primer momento, el sector Este de esta organización juvenil ha puesto al servicio de la iniciativa todo su fervor. Alma de esta labor infatigable y múltiple es el camarada Coco, delegado de Propaganda y Prensa. Un muchacho moreno, inquieto y vivaz, que casi al mismo tiempo hace indicaciones a sus camaradas, y responde a una consulta por teléfono, y cuenta al reportero cómo este Radio 1 de la Juventud Socialista Unificada trabaja por el nuevo Komsomol.

—Komsomol se llama el órgano periodístico de este sector nuestro de las Juventudes Socialistas Unificadas. Nuestras son también unas hojas de propaganda que habrás visto por ahí. Y unas tarjetas postales que hemos empezado a vender al precio de veinticinco céntimos. Y unos sellos que vendemos también al mismo precio.

—¿Vuestra impresión de cómo acoge la gente la idea de costear un nuevo Komsomol para ofrecerlo a Rusia, en signo de gratitud y de solidaridad?

—Inmejorable. La gente está respondiendo muy bien. Los momentos, por la dificultad económica que todos, naturalmente, estamos padeciendo, no son los más propicios para desprendimientos de esta clase. Y, sin embargo, todos responden admirablemente a nuestra solicitud. En cuarteles, talleres, Sindicatos, se están empezando a hacer, por sugerión nuestra, suscripciones, que alcanzan ya, según las primeras impresiones que a nosotros llegan, cifras de importancia. Ten en cuenta que en esta labor llevamos solamente tres días. Es decir, que apenas hemos hecho sino empezar...

—¿Qué resultado os está dando la venta de tarjetas y de sellos?

—Espléndido. En estos tres días hemos vendido totalmente la tirada que de unas y otros habíamos hecho: diez mil tarjetas y diez mil sellos. Hemos de proceder inmediatamente a la impresión de otros cuantos miles más.

—¿Se propone vuestra organización hacer algo más en favor del nuevo Komsomol?

—Sí. Queremos hacer cuanto esté a nuestro alcance para mostrar de un modo expresivo nuestra profunda y emocionada gratitud a Rusia, a su magnífico gesto de solidaridad para con nuestra lucha. Construiremos, para exponerlo en la calle, un barco que sea la alegoría del perdido barco ruso; nuestros muchachos y nuestras muchachas estarán junto a él para recoger las aportaciones de la gente de la calle. Organizaremos festivales en los teatros, con cuyo producto engrosaremos también la suscripción nacional. No descuidaremos, en fin, medio ninguno para que llegue a la Unión Soviética la expresión fervorosa de nuestro reconocimiento.

Los camaradas de Coco que con él están en este local de las Juventudes Socialistas Unificadas, asienten a las palabras de su compañero. Momentos después, un poco aparte de él, lo elogian, elogian su entusiasmo, su capacidad de trabajo en los días de hoy y en los días en que la organización había de actuar clandestinamente.

—Es admirable—dicen—. Y además, un verdadero chaval. ¿Cuántos años tienes, Coco?

—¿Años? Pues hoy precisamente, veintiuno de Enero, cumpla diez y siete.



El camarada Coco—a la derecha—con otros compañeros de la Sección de Propaganda del

Una de las hojas de propaganda hechas en estos días por el sector Este de las Juventudes Socialistas Unificadas

Contribuye con tu donativo



Radio 1 de las Juventudes Socialistas Unificadas

Núñez de Balboa, 62
Juventud Socialista Unificada - Sector Este

(Fots. Albero y Segovia)

Una pregunta a los
hombres y las muje-
res de Barcelona

¿Qué harías tú para ayudar a Madrid?



1.—Cogidas por el hombro iban las dos jovencitas leyendo una de estas hojas con aleluyas que se han hecho populares estos días. Era la de «La Defensa de Madrid». De cerca pudimos escuchar estos fragmentos:

*Madrid permanece alerta,
y no hay ejército fuerte
cuando llega ante su puerta.
En vano ataca el fascista,
que nunca llegó a creer
que Madrid se le resistía.
Cada calle, una frontera;
cada casa es un castillo;
cada esquina, una trinchera.*

Las jóvenes repasan los dibujos de la aleluya; los comentan. Entonces pudimos darnos cuenta que se trataba de dos madrileñas refugiadas, sin duda, en la capital catalana. Seguían leyendo:

*Las madrileñas valientes,
de la hija de Malasaña
son las dignas descendientes.
Las majas y los chisperos
en sus nietos resucitan
la defensa de sus fueros.
Madrid se cubre de gloria,
y una vez más hace suya
la palma de la victoria.*

Les salimos al paso, y las detenemos.
—¿Qué harías tú para defender Madrid?—le preguntaba en aquel momento la pequeña a la mayor.
—Yo—le contestó—haría lo que dice, en esta otra aleluya, que hacen las mujeres madrileñas:

*Ponen todo su fervor
en la lucha decidida
para un porvenir mejor.*

Intentamos nosotros repetirles la pregunta. La contestación fué rotunda:
—Somos de Madrid, y con esto está dicho todo. Pueden suponerse qué haríamos si de nosotras precisaran...

2.—Aquella pregunta de la pequeñuela madrileña dió vida a esta encuesta. Repetimos la pregunta a una bella dependiente de un puesto de venta a beneficio de las Milicias.

—Mi nombre—nos respondió—es Mercedes Moral. De la pregunta, le diré que cuanto se haga por salvar



Madrid será poco. De todas las regiones libres de España debe surgir una cruzada de ayuda a la capital.

3.—Amparito Gimeno, esta simpática enfermerita, nos dice que ella, para ayudar a la capital de la España libre, iría hasta las mismas avanzadas del frente de lucha para curar a nuestros heridos.

—Iría hasta las propias trincheras, para curar a los que sufren por defender la libertad de los pueblos. En el Hospital debemos cuidarles como lo haría la esposa, una hermana o la propia madre.

4.—En la entrada del cuartel de las Milicias de la columna Maciá-Companyns, el joven miliciano Bonifacio Caparrós nos dice:

—Solamente puedo contestar una cosa. Para ayudar Madrid entiendo que, sin rodeos, lo mejor que puede hacerse es ir allí a luchar con los defensores de la libertad.

5.—En la puerta de un casal de milicianos encontramos a un grupo de ellos. Nos dirigimos a Diego Martín Vázquez, que parecía más decidido.

—¿Qué harías tú para defender Madrid?

—Lo que hasta ahora: volver al frente madrileño a luchar. Estoy enrolado en la columna volante de Estat Catalá. Vine a Barcelona para unas horas, y regreso esta misma noche hacia aquel frente.

6.—Al salir de comprar pan, detenemos un momento a la sirvienta Josefa Rodríguez. A nuestra pregunta nos contesta que si su actuación personal en el frente madrileño pudiera ser útil, iría allí para ayudar a defender la capital de la República. No siendo así—añadió—, creo que con el envío de víveres y material se puede ayudar mucho a los combatientes de Madrid.

7.—Paseaba por la plaza de Cataluña. Nos explicó que resultó herido en el frente de Huesca. Pertenecía a la columna Del Barrio.

—Aparte de la colaboración material en la lucha—dijo Rosendo Villa—, entiendo que se puede ayudar a Madrid y a los demás frentes procurando el máximo de lealtad en la unidad de retaguardia y, además, con que esta retaguardia sepa imponerse los máximos sacrificios en beneficio de los que luchan y dan su sangre por la libertad de nuestro pueblo.

8.—Ponga que las muchachas barcelonesas entendemos que un importante auxilio al frente de Madrid sería el que vinieran a refugiarse en nuestra tierra las familias que nada tienen que hacer allí en estos momentos de lucha. Después, si fuese preciso, aportaríamos nuestro esfuerzo personal al lado de los soldados de la República.

—¿Su nombre?—preguntamos a la guapa muchachita.

—No importa. Ponga que es la opinión de una joven barcelonesa, y ya basta.

9.—También han opinado los *boys scouts* de Cataluña. Eduardo Royo, el que estaba de guardia en el campamento de la plaza de Cataluña, nos dijo que al igual como hicieron, desde el primer momento, organizando un servicio de auxilio a nuestros milicianos de Aragón, están dispuestos a poner en práctica, si es necesario, un servicio para el frente de Madrid, con el que se haría más fácil la vida de campaña.

10.—¿Que cómo ayudaría yo a Madrid? Es una pregunta que le es difícil contestar a un viejo. No obstante, creo que debe ayudarse a la capital de la República Española con todo el esfuerzo. Trabajando continuamente en las industrias catalanas, acogiendo cariñosamente a los refugiados, con constantes envíos de víveres para los que luchan y con la presencia de nuestra gente en aquel frente, si el mando cree necesaria nuestra actuación en sus trincheras.

Este viejecito simpático, que se llama Gabriel Pinillo, acabó diciéndonos que, ante todo, debemos salvar Madrid a toda costa y al precio que sea.

J. AYMAMI-SERRA

Barcelona, Enero, 1937.

(Fots. Torrents)



Enseñanzas de la lucha

Juventud

El gran Congreso de Juventudes celebrado en Valencia tiene para todos los que sin podernos llamar aún viejos hemos ya desbordado «la mitad del camino de la vida», en frase del poeta, una ejemplaridad sorprendente.

Hemos visto deliberar, plenos de consciencia y cargados de responsabilidad, y, lo que es más, de auténtica representación y de verdadera autoridad, sobre los temas más arduos y los problemas más candentes de España, a muchachos que hace tres lustros no hubieran tenido acceso ni voto en las más modestas sociedades recreativas.

Y no sólo han hablado los jóvenes sobre las graves cuestiones de España, sino que se ha visto a los más autorizados representantes del Poder pendientes de esa voz juvenil, esperando con interés sus decisiones, dándoles la máxima beligerancia. Y no por concesión graciosa, sino por reconocimiento justificado de su valía. El presidente del Congreso juvenil era precisamente el mismo que en las horas más graves de Madrid asumió la enorme responsabilidad de dirigir, y con notorio acierto, el Orden público en la capital de la República. «El gobernante más joven del mundo», se le llamó con razón, y supo hermanar los fueros de la edad con la categoría de la función, felizmente realizada.

La juventud ha dejado, pues, de ser aquella fuerza platónica que los hombres maduros y los personajes representativos aludían con sonrisa desdeñosa y disculpadora. De la juventud sólo se acordaban antaño los políticos cuando tenían que mandarla a la guerra.

Han cambiado los tiempos. La juventud nutre ahora también las filas de combatientes; pero se le ha otorgado en lo político, en lo social y en lo económico, el reconocimiento de una valía, una influencia y una eficacia didáctica y moral que el prejuicio le ha negado tradicionalmente, reservándola, como un triste privilegio del tiempo, para la madurez y para la senectud.

En la España que los hombres de más de cuarenta años conocimos al empezar a vivir era inconcebible este valor de la juventud. En el arte, en el periodismo, en la política y en los negocios, nadie admitía que desempeñase una función de responsabilidad sino el varón que ya tuviera grises los aladares. Se tenía el culto de la prudencia excesiva y, sobre todo en la política, nadie alcanzaba cumbres mientras no era, por lo menos, una estantigua decorativa.

La impaciencia, la generosa audacia juvenil, eran consideradas nefandas. Se educaba a los jóvenes en el culto al escalafón, el respeto ciego a la antigüedad, la sumisión fanática a las categorías. El que no era vástago de una oligarquía tradicional, no podía medrar en la vida sino a fuerza de paciencia, de resignación servil, de conformismo anulador. Había que ir, como decían los maestros cucos bien acomodados en las poltronas, «por sus pasos contados»... La juventud era sinónimo de ineptia, de imprevisión. Se hacía de la experiencia, la vieja caduca tantas veces estéril, una divinidad indiscutible. Aspirar a ministro antes de los cincuenta años, a jefe de taller antes de los sesenta, o a capitán antes de los cuatro lustros, bastaba para ser tildado de díscolo, impaciente y arribista.

La guerra nos trae gobernantes de menos de veinticinco años, líderes de treinta, jefes militares en plena juventud. Las decisiones más graves del Poder tienen el asesoramiento, la colaboración de las agrupaciones políticas juveniles. Son los Congresos de Juventudes los que marcan la ruta a los partidos políticos de gloriosa veteranía. Los jóvenes, que dan su sangre en las trincheras, miden el mejor trabajo en las fábricas y sus opiniones en los Consejos que deciden la suerte del pueblo.

Para un hombre que vivió aquella España de los primeros años del siglo, el suceso es inconcebible. Si alguna de aquellas estantiguas, llenas de canas, de achaques y de chatarra decorativa, que acaparaban los entorchados, los Ministerios, los Consejos de Administración y fundaban oligarquías políticas y económicas, levantara la cabeza, se volvería a hundir en la tumba, sintiendo el mundo desorbitado.

Sólo a nosotros, los que supimos las amarguras de aquel mundo de privilegios, de injusticias, de favoritismos y de prejuicios estúpidos, sabremos saludar este florecer fecundo de la juventud como la aurora magnífica de un mundo mejor.

J. F.

**ESTE NÚMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA**

PARA QUE EN MADRID NO FALTEN VIVERES

Cómo actúa la Comisión de Abastecimientos

CUANDO, al producirse la sublevación militar que iba a poner en movimiento los anhelos revolucionarios de las muchedumbres, el pueblo—rotas ya las cadenas que le tuvieron sometido al cautiverio de todas las privaciones—quiso saciar, como en un ansia más de libertad, su siempre insatisfecha necesidad de comer, se vió pronto que Madrid no tenía despensa y que sus reservas de víveres apenas si alcanzaban para una semana de hartazgos.

Entonces fué cuando, como una improvisación más de la revolución, que para sustituir a lo que la guerra había destruído tenía que improvisarlo todo, surgieron, por creación espontánea de las organizaciones sindicales obreras, en las que todo el contenido revolucionario tenía que canalizar, los Comités Populares de Abastecimientos, con sus hombres improvisados también. Y uno de aquellos hombres, en quienes las organizaciones se personalizaban, es Fulgencio Sañudo, del Sindicato Mercantil de la C. N. T., con quien hablo ahora de cómo ha podido comer Madrid a través de los seis primeros meses de la revolución y la guerra, y de los problemas del abastecimiento, más graves, más difíciles, en el momento actual.

De los Comités Populares a la Comisión Provincial de Abastecimientos

Fulgencio Sañudo recuerda aquellos días en que las pocas reservas de productos alimenticios que existían en Madrid iban consumiéndose rápidamente, sin un control que administrara su distribución equitativamente y cuidase de reponerlas.

—Lo primero era ponerle límites a la natural voracidad popular, a la vez que se procuraba la adquisición de los productos más necesarios donde los hubiera—dice Sañudo—. Y ésa fué la primera labor de los Comités, controlando los víveres de que se disponía y estableciendo una estrecha relación con los Sindicatos de productores, en los que muchas veces se despertaba más fácilmente el sentimiento de su obligación de abastecer a Madrid excitando su conciencia de proletarios en solidaridad sentimental con los proletarios madrileños, que oficiéndoles las ventajas económicas inmediatas de la transacción comercial.

De pueblo a pueblo, de trabajador a trabajador, el contacto de los Comités Populares con los que tenían que ser sus abastecedores fué fácil, y sus resultados de tan pronta y tangible eficacia, que el Gobierno, a la vista de su utilidad, quiso incorporárselos formalmente al crear con ellos las Comisiones Provinciales de Abastecimientos, que eran su ampliación natural. Vagones, camiones y carros, cargados hasta sus bordes de mercancías de todas clases, llegaban hasta la Comisión de Madrid, evitando así que la población conociera duras jornadas de hambre, que parecían ya inevitables entonces.

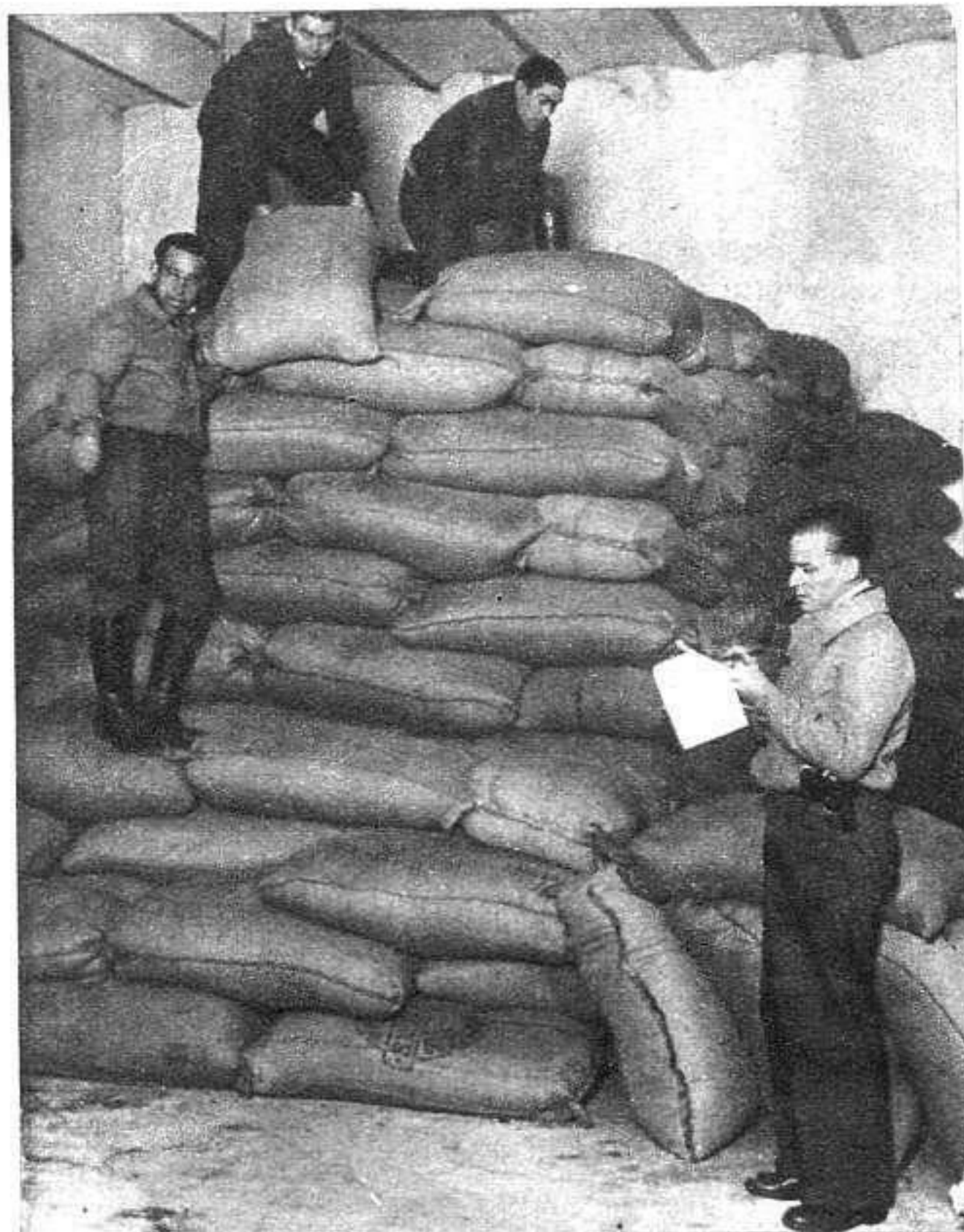
—Creo que fué un error—dice Sañudo—la intromisión

de la Consejería de Abastecimientos en aquella actuación de la Comisión Provincial. Porque, inmovilizada ésta por la Consejería, hubo de volverse al consumo de las reservas que las Comisiones habían vuelto a crear, sin que, mientras tanto, interrumpida la relación de los Sindicatos entre sí, continuase el indispensable aprovisionamiento. No hay que olvidar que estamos viviendo instantes revolucionarios. Y que para estos instantes los organismos de origen oficial hablan con un lenguaje que acaso no se entiende demasiado bien... Hasta que por el propio Gobierno se devolvió su significación a las Comisiones de Abastecimientos, que con sus métodos peculiares y sus elementos bien determinados pudieron reanudar su actuación y restablecer aquellos contactos con los camaradas y los Sindicatos productores, con los que (para ellos y para nosotros un solo lenguaje revolucionario) nos es siempre tan fácil entendernos. La resolución del Gobierno llegó con oportunidad. Cuando estaba próxima a resentirse la población de Madrid de aquel consumo sin la compensación de las adquisiciones de repuesto. Cuando cada uno de los que abastecimos a Madrid en los primeros meses de la revolución y la guerra ni siquiera habíamos perdido de vista el punto en que había quedado interrumpido el cumplimiento de nuestra misión. Madrid no ha carecido de víveres desde entonces. Y hoy puedo asegurar que de ahora en adelante, y por largo plazo, tiene asegurado su abastecimiento.

Judías, garbanzos, aceite y conservas vegetales para el abastecimiento de Madrid

Fulgencio Sañudo acaba de regresar de un viaje por diferentes provincias españolas para realizar personalmente activas gestiones que faciliten el aprovisionamiento de Madrid. Y ya están en su despacho los talones de las primeras expediciones, que, con las que se sucedan (y no habrán de retrasarse mucho), dejarán asegurado para varios meses el abastecimiento de la población madrileña. Así su compañero Miguel Guerra—un gran auxiliar, animado del mismo espíritu combativo y con igual pacidad de labor que el camarada responsable—puede ir precisando con cifras la expresión tranquilizadora de la conversación.

—Disponemos de una remesa de ciento cincuenta vagones de aceite, del que no debimos de carecer nunca, puesto que sólo en territorio controlado por el Gobierno se produce la mitad de la riqueza olivarera española, con un sobrante desde nuestro consumo de unos cuatro mil millones de pesetas para exportar. Tenemos también mil toneladas de judías, de las que aun seguiremos recibiendo, inmediatamente, hasta veinte millones de kilos. Y una cantidad de garbanzos aproximadamente igual. Pasas, carne de membrillo y mermeladas nos llegan, asimismo, de distintos puntos de producción, en los que cada Sindicato, indistintamente adscritos a la U. G. T. o la C. N. T., convencidos de que abastecer al pueblo de



A Madrid no le faltarán víveres, ha dicho por uno de sus elementos responsables la Comisión de Abastecimientos. Y ya han empezado a llegar a sus depósitos grandes cantidades de legumbres que cubrirán las necesidades de la población por largo plazo

Madrid en estos momentos de la guerra es casi tanto, acaso «tanto» sin el «casi», como hacer que la guerra la gane Madrid, ponen en el suministro de sus productos para los madrileños sus esfuerzos más generosos.

Otros productos de difícil adquisición para los madrileños

Por gestión personal, persuasiva y convincente en este hombre, que se impuso la obligación de dar a Madrid de comer, para el abastecimiento de la población madrileña se ha movilizado la voluntad trabajadora de media España. Y aun hasta más allá de los límites de España supo hacer llegar la fuerte expresión de sus manos y el apremiante timbre de su voz.

—Madrid tendrá lo que necesite—repite, sin una vacilación, Sañudo—. Lo que necesite, que no podrá ser, ni creo que todavía haya quien lo pretenda, lo que se puede consumir en tiempos de paz. Pero no le faltarán víveres en la cantidad suficiente y aun con la diferencia de productos que consienta la variedad en los platos y en su condimentación. Por la labor de los camaradas que tienen a su cargo el aprovisionamiento de combustibles, va resolviéndose el problema del carbón. Hasta terminar el mes de Marzo estamos abastecidos de patatas, frutas y verduras. De leche condensada tenemos producción para cubrir todas las necesidades. Y de huevos, viene del Extranjero una importante partida, que no tardará en llegar. De azúcar, mientras se hace la recolección de la remolacha, se dejará sentir alguna escasez; pero por poco tiempo, ya que solamente de una de las fábricas más cercanas a Madrid se puede obtener una producción de seis millones de kilos.

Sin una duda, Fulgencio Sañudo ve así, satisfactoriamente resuelto, el problema del aprovisionamiento de la población civil madrileña. Para ello cuenta con realidades ya conseguidas por su propia gestión y por la de sus camaradas en la Comisión de Abastecimientos.

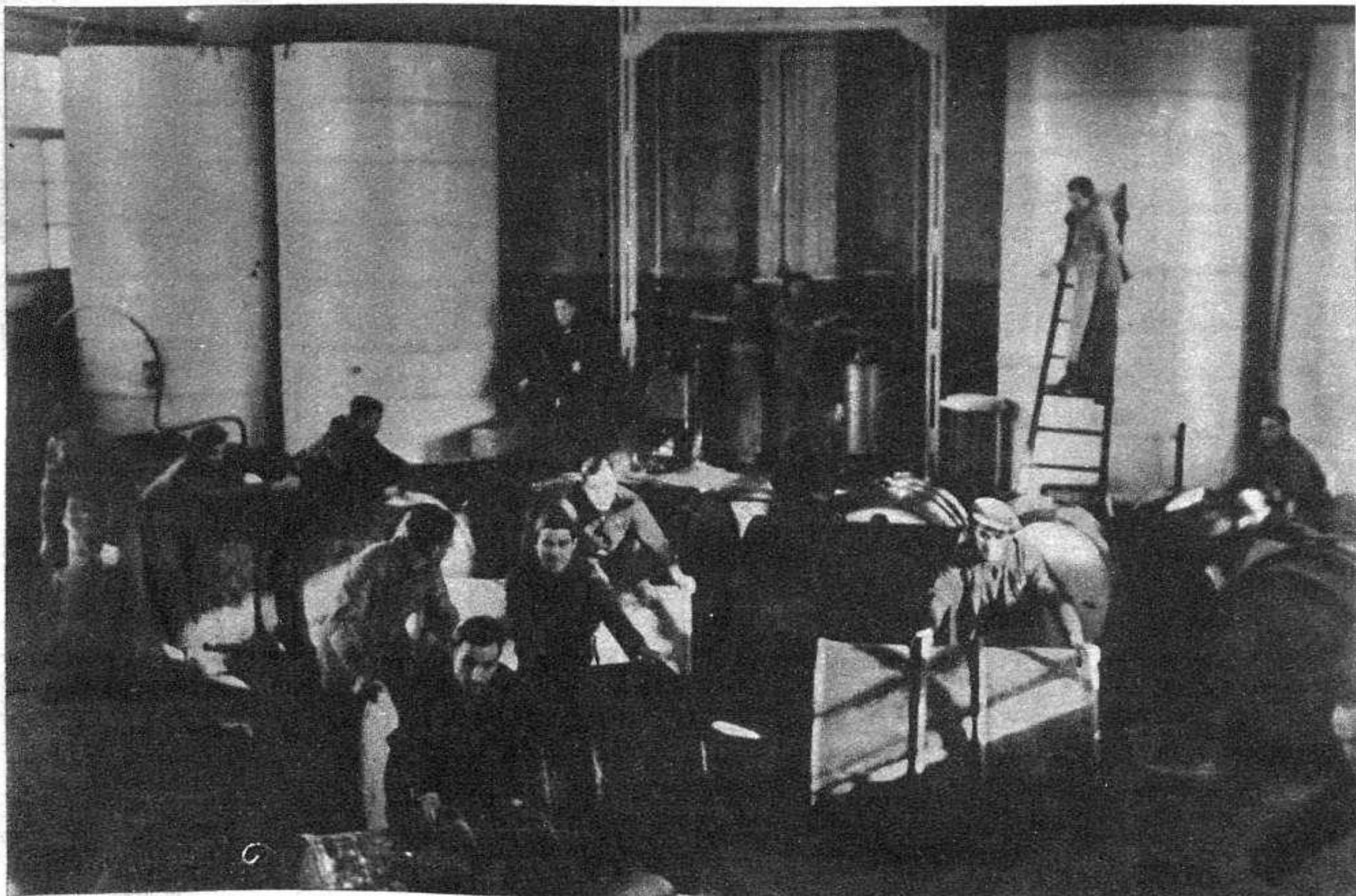
—Una gestión—dice al referirse a la de los otros, pero sin desdeñar la propia—que, por sus dificultades, por sus consecuencias y por el desinterés y el sacrificio con que todo el personal de Abastos sabe llevarla a término, merece el calificativo de ejemplar, y no podrá ser olvidada al llegar la ocasión de conceptuar la labor de cada uno en el curso de nuestra guerra.

Toda España al servicio de Madrid, porque Madrid está sufriendo por toda España

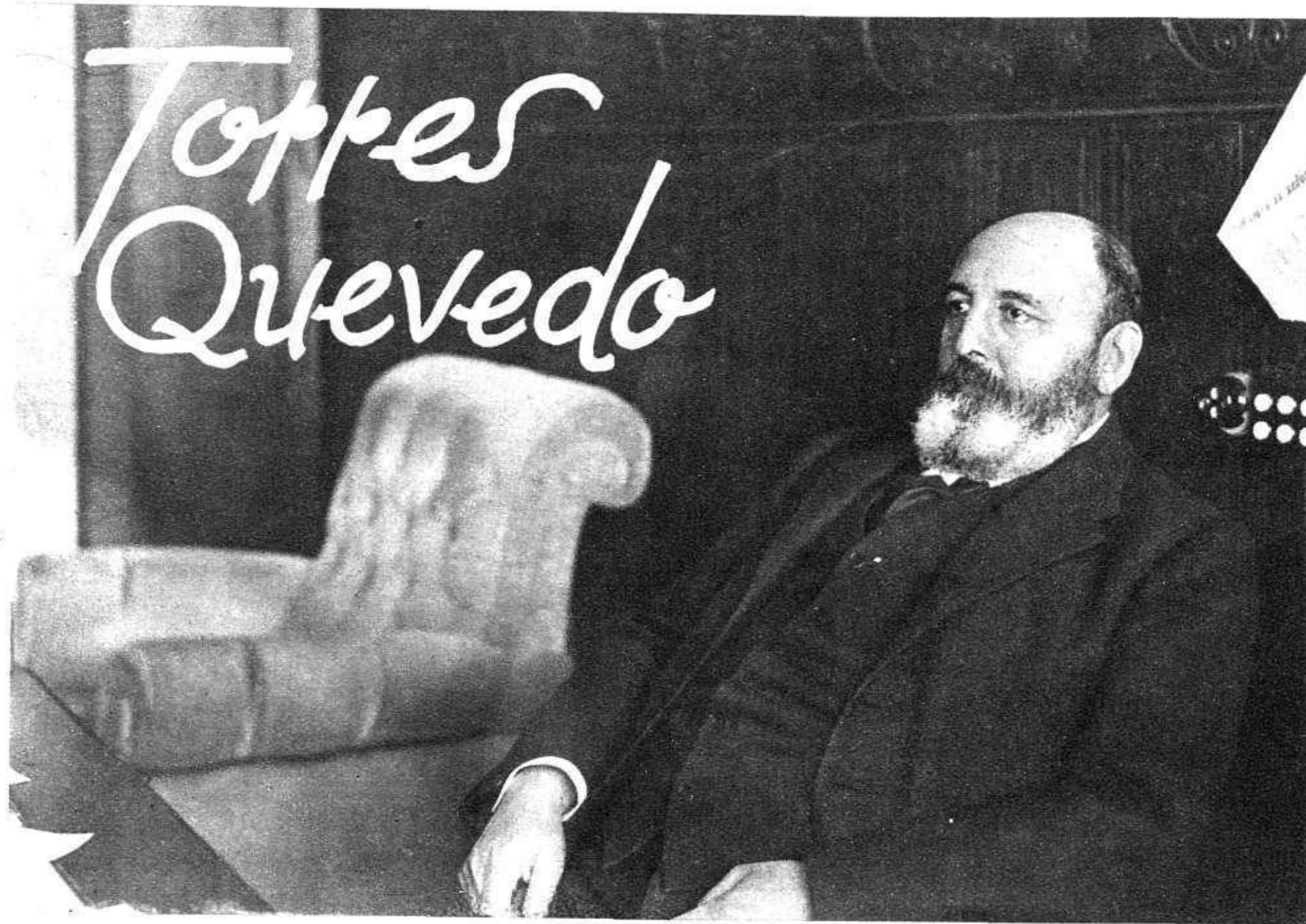
—Todos tenemos la obligación de ayudar a Madrid. Toda España debe estar al servicio de Madrid, porque Madrid está sufriendo heroicamente por toda España. Y este pensamiento es el que, expresado a gritos ante el pueblo de España, hace flamear en su actuación la Comisión de Abastecimientos, como una bandera revolucionaria que arrastrará briosamente la voluntad de todos los que sientan el ansia de ver triunfar la revolución—dice Sañudo.

Y al oírsele decir, se le ve a él, firme y erguido, seguro y fuerte, como el mejor mástil de esa bandera.

José ROMERO CUESTA



Los altos bidones de aceite, con capacidad de millones de litros, aseguran por mucho tiempo la provisión de aquel producto indispensable para la población madrileña (Fots. Albero y Segovia)



POLVO de siglos tiene esta frase en España: «Castiella face a sus homes e los gasta». O los silencia, crucificándolos en aspas de indiferencia.

Norteamérica es el país del reclamo. En Norteamérica se toma un nombre comercial o científico entre pinzas de propaganda contumaz, y al poco tiempo está lleno el mundo de un nombre nuevo.

Un hombre cualquiera puede ser allí vendedor de periódicos y acabar su vida rodeado de la admiración universal. Aquí, no. En España es fácil venir al mundo con la impronta del genio sobre la frente recién nacida y acabar en vendedor de periódicos. Porque «Castiella face a sus homes e los gasta».

Y porque en Norteamérica el genio se llama Edison, y en España, Torres Quevedo. O Ramón y Cajal.

Torres Quevedo fué uno de esos sabios no aureolados por la popularidad. Ahora ha muerto, también en silencio, cuando la atención pública se halla absorbida por los episodios de la heroica defensa de Madrid:

Siluetas de don Leonardo Torres Quevedo

He aquí cómo era la silueta física de don Leonardo Torres Quevedo: alto, fuerte, atlético, barbado, con el aire noble de un fuerte roble racial.

Don Leonardo era hombre de mirada serena y penetrante, hecha a desnudar el sentido oculto de las cosas y a barrenar en el limbo hermético del misterio.

El sabio español no gustaba de entrevistas periodísticas. Había que hacer verdaderos esfuerzos de dialéctica para convencerle y conseguir respuestas a un interrogatorio mínimo. Su mundo era el mundo de la mecánica, el mundo abstracto de las matemáticas. No quería hablar de él ni de su obra, porque poseía la suprema sabiduría de callar. Pero no podía impedir que sus amigos, sus discípulos, sus admiradores, nos hablen de su obra, poniendo en el relato el trémolo emocionado de su admiración.

Don Leonardo Torres Quevedo, ante el acoso periodístico, callaba siempre. Y mientras callaba, seguía su trabajo. En silencio, abriendo nuevos caminos luminosos al progreso. Un día y otro, y otro, y otro, sin fatigas.

Tras él, una legión de discípulos va siguiendo sus huellas.

Ordenes a distancia

El Telequino es un aparato que inventó Torres Quevedo a principios de este siglo. Con él pueden transmitirse órdenes a distancia. Desde un punto cualquiera es posible dirigir la ruta de un aeroplano o de un barco.

Las pruebas oficiales constituyeron un éxito extraordinario. Durante ellas, el gran Torres Quevedo envió, desde tierra, órdenes mecánicas a un buque, que fueron ejecutadas con absoluto automatismo y precisión.

Perfil de un dirigible

El *Astra-Torres* ha paseado por todos los aires del mundo el nombre de su glorioso inventor.

Hacía falta un dirigible sin la armadura rígida con que se venían construyendo; un dirigible que pudiera hacer frente a los temporales y a las borrascas, tan peligrosas en los primeros tiempos de la navegación aérea. Hacía falta el dirigible ideal, y don Leonardo Torres Quevedo lo construyó. Ante el Almirantazgo inglés se hicieron las pruebas a una velocidad de ochenta y tres kilómetros por hora. En ellas, el centro de gravedad—la barquilla—cambiaba, a voluntad, de posición, consiguiéndose así una fácil modificación de trayectorias.

Una casa francesa explotó la patente durante muchos años. Mientras duró la guerra europea, el dirigible *Astra-Torres* hizo servicio regular sin la más pequeña avería entre Inglaterra y Francia. Pero en la concesión de los derechos a la Casa francesa explotadora del invento, el señor Torres Quevedo excluyó a España de la obligada sumisión que le concedía la venta de derechos.

A la tercera, no juego

El ajedrecista mecánico. Parece un cuento surrealista y, sin embargo, es una realidad tangible y controlable. Un aparato que juega al ajedrez con la perfección de un campeón.

Ante él se coloca el adversario, y el aparato responde a todas las jugadas hasta vencer. Pero si por casualidad el contrincante hace juego sucio, el autómatas no responde. Advierte el error, y no continúa el juego hasta que no se rectifica. A la tercera mala jugada, el aparato desprecia a su endeble adversario y suspende la partida.

Sigue el índice

Otro invento de don Leonardo Torres Quevedo: una máquina de calcular, con la categoría oficial de ser la que se presta a mayor número de operaciones posibles.

Otro. El transbordador del Monte Ulía, de San Sebastián.

Otro: El *Niagara Spanish Aerocar*, un transbordador que lleva como un airón indomable el nombre de España sobre las espumas violentas del Niágara.

Una mano española

En el laboratorio de Automatismo, creado por el Ministerio de Fomento para la aplicación y desarrollo de toda clase de dispositivos automáticos, la luz del genio silencioso se ha proyectado, hora tras hora, durante muchos años, sin un desmayo. Allí, en aquel templo laico, donde las matemáticas trazan cada minuto su ruta eterna y fija, una mano española y senecta—la mano gloriosa de don Leonardo Torres Quevedo—ha dejado la huella de su pulso poderoso. Ahora, esa mano está yerta, y el pulso, inmóvil. Don Leonardo Torres Quevedo se ha ido para siempre por una senda cuajada de silencio. Del silencio que tan grato le fué en vida.

ANTONIO OTERO SECO

(Fot. Videar)

GLOSAS DE LA GUERRA

ESCUELA DE POBREZA

AUN está la guerra sangrando, palpitante en nosotros con toda su crudeza dramática, y ya nace en muchos espíritus la noble, justa preocupación de lo que va a ser España después de la guerra.

Una aguda inteligencia femenina, al servicio de la causa del pueblo, ha dicho, escueta, sinceramente, la verdad: «Vamos a ser pobres.»

Pobres. Noblemente pobres. Orgullosamente pobres. Desangrados, arruinados por una lucha que dejará exhaustas las más poderosas fuentes de energía. Todas menos una, la más pura, la más valiosa: la del sentido de la responsabilidad de un pueblo que sabe jugarse la vida hasta el máximo sacrificio heroico en defensa de sus ideales.

Ello no nos librará de la pobreza; pero será la clave para que la soportemos estoicamente, dignamente. Seremos pobres sin pobretería, pobres con decoro, porque la ruina no habrá obedecido, como tantas otras, a causas de vanidad, ni fracasos de aventuras estériles, sino al auténtico sacrificio, al gigantesco esfuerzo que cuesta defender los más altos valores espirituales.

Preparémonos, pues, para ser pobres. España sabe de eso. Fué pobre durante siglos. Hasta cuando su imperio colonial y sus conquistas europeas la hacían dueña del mundo, la Metrópoli vivía miserablemente. Los grandes despóticas, los Austrias, en cuyos dominios no se ponía el sol, conocieron una España paupérrima, desangrada por las guerras, mísera espiritualmente por el fanatismo y la incultura. De los siglos de oro es justamente el tipo del hidalgo castellano, capitán jubilado que paseaba en la corte su hambre disimulándola con el mondadientes entre los labios y unas migajas de pan esparcidas por la ropilla.

Ahora vamos a ser pobres sin vanidad y sin disimulo. Dignamente, heroicamente, España reivindicará ante el mundo su derecho a ser pobre, porque su ruina no la habrá motivado una loca aventura imperialista, ni una guerra de vanidad, sino una lucha sagrada por su independencia.

Los españoles, de hoy en adelante, debemos proferir votos máximos de austeridad. Habituarlos a la pobreza con el orgullo de haberla conquistado a precio de nuestra sangre.

Esta será la gran enseñanza, la gran virtud de la guerra. Hacernos austeros, hacernos orgullosamente pobres, que es la única manera de capacitarnos para dejar de serlo.

Porque ahora nuestra pobreza no será la vergonzante pobretería del hidalgo clásico, ocioso, que se esfuerza en disimularla, sino la pobreza del proletario antes de empezar el trabajo que de ella lo redima.

Dichosa pobreza, pues, la de España después de la guerra, porque ante ella habrá una obra ingente que realizar. Nada más y nada menos que construir otra España, que forjar una Patria y un mundo nuevo.

Pobreza del trabajador, que en la tarea ha de encontrar su redención y su remedio. No faltará tajo. No habrá lugar a la holganza: que ésa sí que es pobreza vergonzosa, porque engendra el parasitismo. Cada español, después de la guerra, tendrá que rehacer su vida, y con la de todos, rehacer España. Y esa tarea gigantesca, fruto de la ruina guerrera, será precisamente la que nos salvará, porque será una fuente inagotable de preocupación, de trabajo constante y sin medida. Pobreza del verdadero trabajo, que es, paradójicamente, origen de riqueza.

Seremos pobres los españoles. Durante años nos espera una existencia dura, de sacrificios, de esfuerzos infinitos. Magnífica conquista que el Destino nos obligue a ser así: duros, tenaces en la labor, rígidos en el deber, constantes en la obligación.

Se acabarán los impulsos esporádicos, los ímpetus locos, que todo lo inician y todo lo malogran, para dar paso al trabajo constante, disciplinado; a la voluntad tenaz y perenne, a la labor terca, continua y metódica, que es la que engendra las grandes obras fecundas.

Seremos pobres. Pero aprenderemos a serlo, porque como no podremos resignarnos a esa pobreza, todos pondremos los medios de remediarla. Y el esfuerzo común obligado, ineludible, será, al cabo, redentor. La España auténticamente pobre que dejará la guerra es la promesa de la rica España futura.

La «República de trabajadores» que decretaron las Constituyentes, con ingenuidad semejante a la «de todos los españoles serán justos y benéficos», de las Cortes de Cádiz, será luego una realidad. Certera, forzosa, ineludible. Por imperio de las circunstancias y por instinto de conservación. Y de todas las tristezas malditas de la guerra, España sacará limpia y fecunda esa magnífica conquista, que la convertirá en un pueblo nuevo, distinto del de hasta hoy: la conquista del derecho al trabajo, de la obligación del trabajo para todos sus hijos.

JUAN FERRAGUT

El extraño caso del profesor Cleimant

Una mañana en el Instituto de Melbourne...

Todos los días, a la misma hora, llegaba al Instituto Técnico, para dar sus clases de Química, el profesor Charles Cleimant. Tenía una gran puntualidad para cuanto se relacionase con su trabajo, y lo mismo sus discípulos que sus compañeros le querían entrañablemente. Llevaba ya bastantes años dedicado a la enseñanza en aquel Centro. Ahora era director de él y desempeñaba el cargo a total satisfacción de sus compañeros de Claustro. Era siempre el primero en llegar y el último en marcharse. Así un día y otro, un año y otro año.

Por eso, por este sentido riguroso e infatigable del deber que Mr. Cleimant tenía, extrañó a los profesores y a los alumnos del Instituto Técnico de Melbourne que aquella mañana el catedrático tardase. Había pasado ya la hora habitual de su llegada. ¿Había ocurrido algo al profesor? Mister Cleimant no era joven ya; pero tenía una salud magnífica y una enorme capacidad de resistencia. Alguien, de pronto, demudado y trémulo, llegó con la terrible noticia:

—¡El profesor Cleimant ha muerto!

Quién era el profesor Cleimant

Ante la noticia, en todos cobró un nuevo relieve la figura de aquel profesor, tan estimado por sus compañe-

ros y sus discípulos. Se recordaron sus gestos, sus palabras, sus costumbres. Vivía en Melbourne desde hacía veinte años. Toda su vida estaba en su trabajo, al que se consagraba ardientemente: su cátedra de Química era su pasión. Había logrado llegar a tener una gran reputación social y profesional. Consiguió la cátedra tras unas oposiciones reñidas y brillantes. Un día, el voto unánime de sus compañeros del Instituto Técnico le hizo director del Centro. Además de Química, enseñaba Matemáticas, y en una y otra disciplina era seguido con fervoroso entusiasmo por sus discípulos.

El profesor Cleimant era alto y fuerte, de recia complexión, de continente apuesto. Estaba naturalizado en Australia; pero se le tenía como nacido o, al menos, como oriundo de Francia. Nadie, en realidad, sabía de un modo efectivo cuál era la naturaleza del profesor. Dominaba casi todos los idiomas, por haber vivido—él mismo lo afirmaba—en la mayoría de los países del mundo durante los años de su infancia y de su juventud.

Se recordó, al conocer la noticia de su muerte, todo esto. Unos a otros se preguntaron detalles de cómo había muerto. El día anterior se le había visto allí, en el Instituto. No se sabía de él que tuviese ninguna enfermedad de esas que de pronto estallan dramáticamente.

—Ha muerto esta misma mañana—dijo alguien—cuando salía de su casa para venir aquí. Se resbaló en la escalera, y al caer dió con la cabeza en el reborde de uno de los escalones, fracturándose la base del cráneo y muriendo instantáneamente.

El imprevisto misterio

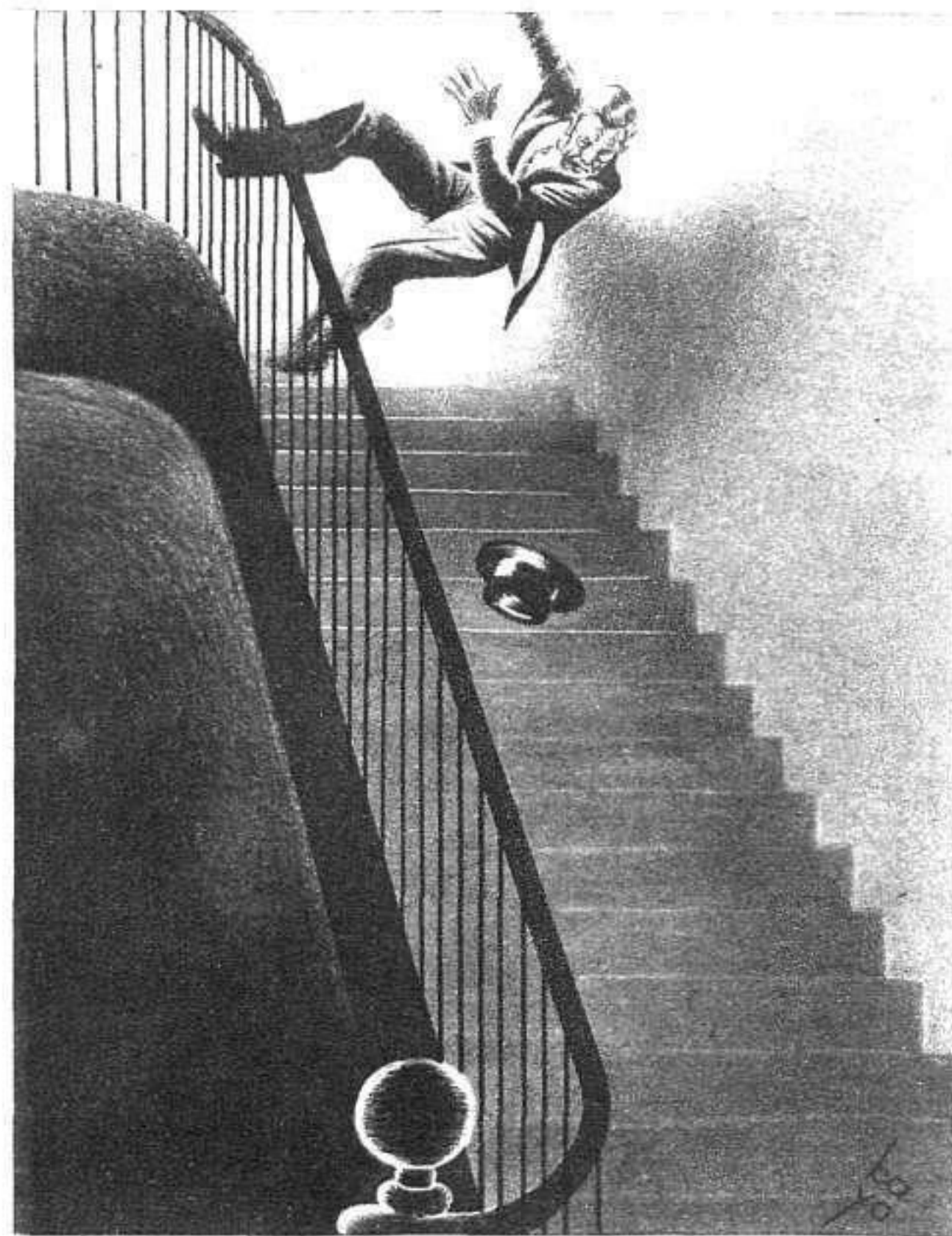
Había sido así, en efecto. La muerte del profesor tuvo un eco largo de apasionados comentarios en Melbourne; al proceder los médicos a reconocer el cadáver descubrieron que era una mujer. Nadie, naturalmente, se lo podía llegar a imaginar. La mayor sorpresa fué el ama de llaves, que llevaba al servicio del profesor diez y ocho años.

Llegaron a Melbourne médicos y periodistas. Enviados especiales fueron informando, desde los periódicos sensacionalistas del mundo, de la vida que había hecho el profesor, del gran enigma humano y científico que se encerraba en su figura. El cuerpo del profesor estaba revestido de un vello que lo envolvía totalmente, como una manta de pelo de cabra. El rostro tenía bigote y barba. El pecho era abultado, y parecía imposible que Mr. Cleimant hubiese podido ocultarlo bajo su habitual traje de hombre.

Durante muchos días, la actualidad australiana giró en torno al profesor que había sido, en realidad, profesora, sin que nadie hubiese llegado a advertirlo. Se escudriñó todo lo relativo a su vida. No quedó detalle secreto para la insaciable curiosidad periodística.

La vida del profesor y el enigma indescifrable

Se encontraron en el domicilio de Mr. Cleimant documentos y papeles de interés. Por ellos se pudo poner luz en aquella vida extraordinaria. Entre esos papeles había dos certificaciones de estudios de un colegio de París, expedidas en 1883 y 1884, a nombre del alumno Charles Cleimant: es decir, que ya a los diez años pasaba como varón. Fue-



El profesor había resbalado al salir de su casa para dirigirse al Instituto... (Dibujos de Bayo)

ron, indudablemente, sus padres o sus tutores quienes lo transformaron de niña en niño.

Entre los documentos encontrados también en la casa aparecieron cartas de directores de Compañías de circo, recortes de periódico, carteles, programas y *affiches* en que figura como alambrista y trapeceista, con el nombre de Rowffter, y en otros, como domador de fieras. El profesor había sido, por tanto, artista de circo y domador.

En los *affiches* que le anunciaban como domador mostraba ya, en sus años jóvenes, una barba escasa. En muchas cartas, fechadas en Londres, amigos y compañeros suyos le hablaban de colegios, aulas y libros. Todo certificaba, en fin, que a lo largo de casi toda su vida el profesor había figurado como varón. El comentario y la curiosidad periodísticos hubieron de agotarse. No pudo esclarecerse el enigma que había llevado al profesor al cambio de sexo. ¿Qué drama se ocultaba tras aquella vida bruscamente extinguida? El correr de los días acabó llevándose a su mar sin fondo la figura y el enigma de aquel profesor Cleimant, que había explicado Química a los muchachos de Melbourne.

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LOS QUE POR SABIA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

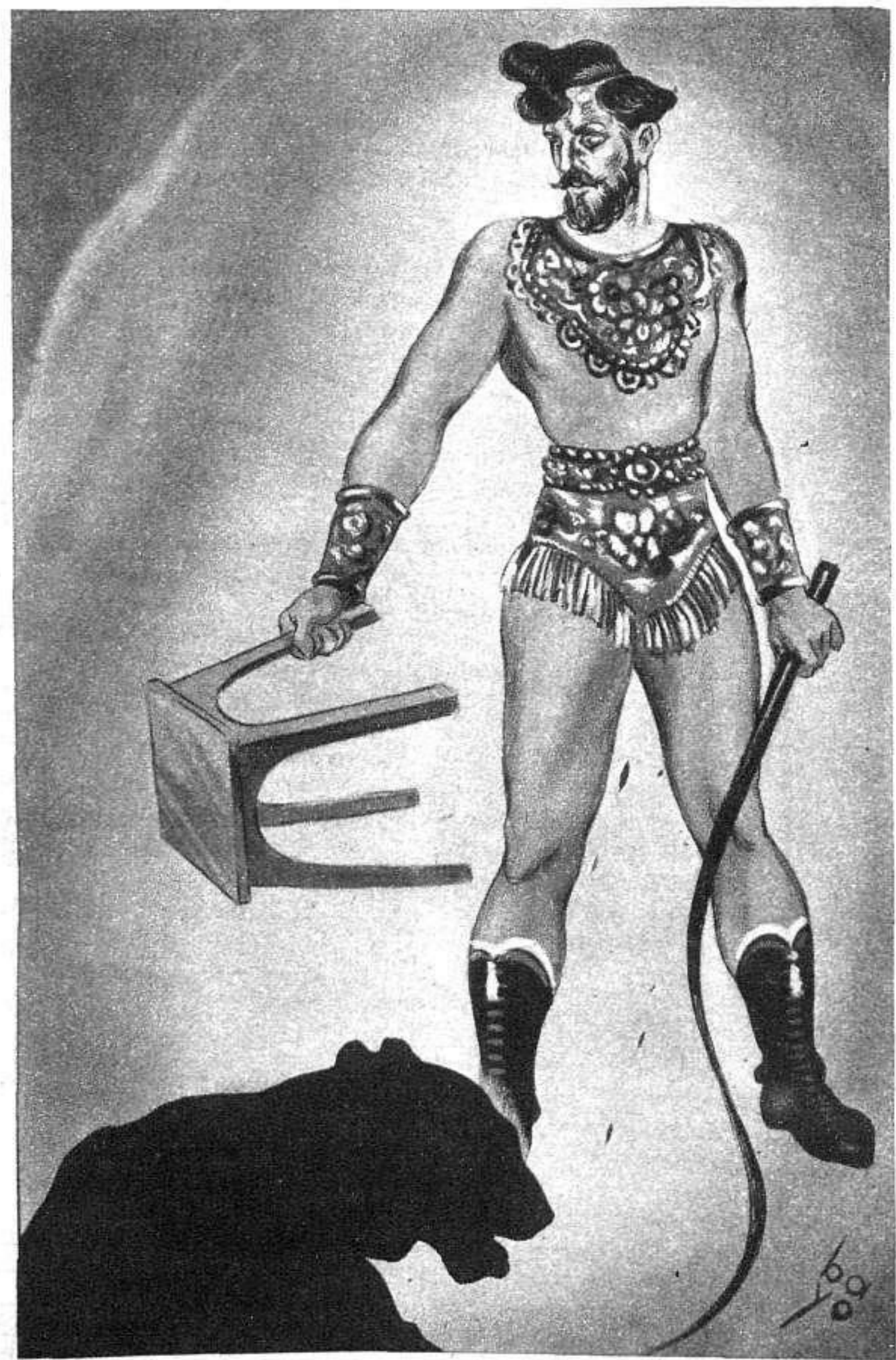
ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. El reumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al
LABORATORIO MANDRI
Provenza, 203
BARCELONA

Conservas **TREVIJANO**



Entre sus documentos fueron encontrados «*affiches*» y fotografías de cuando era domador...

Señora: **RECUERDE MENSUALMENTE**

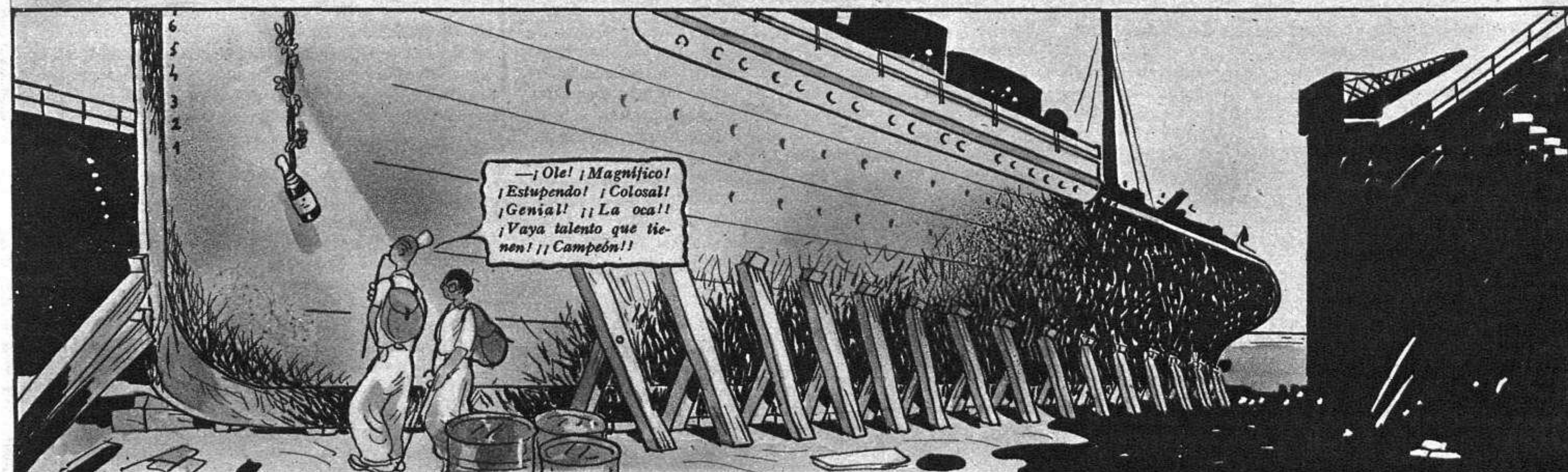
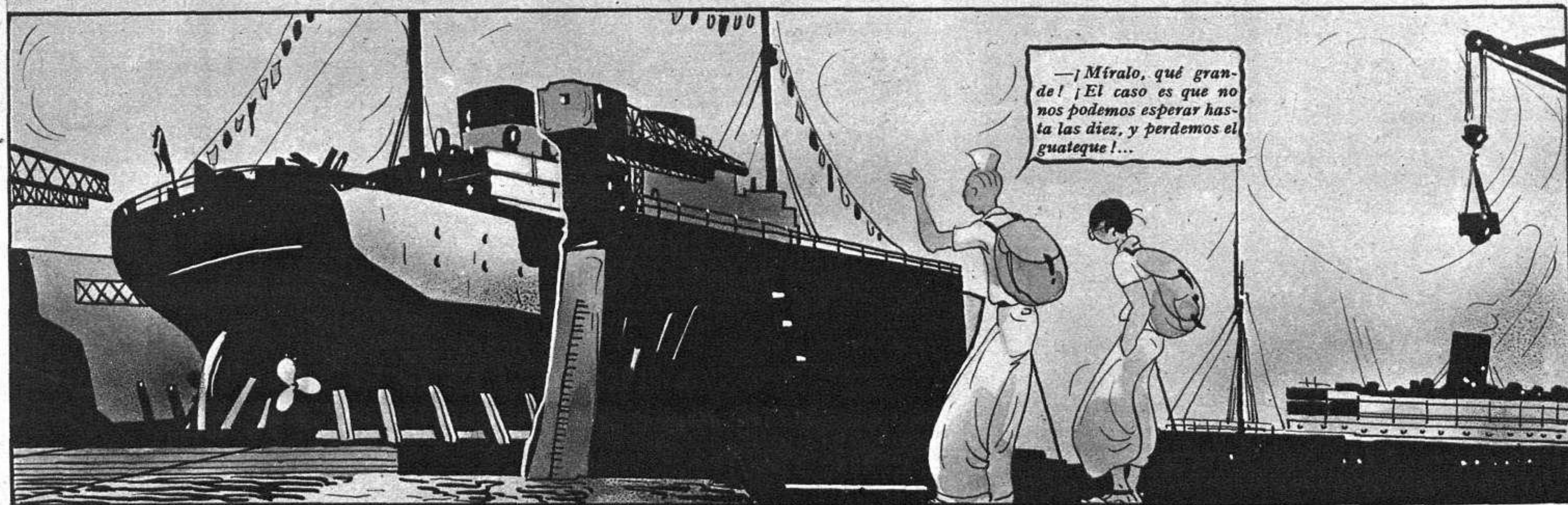
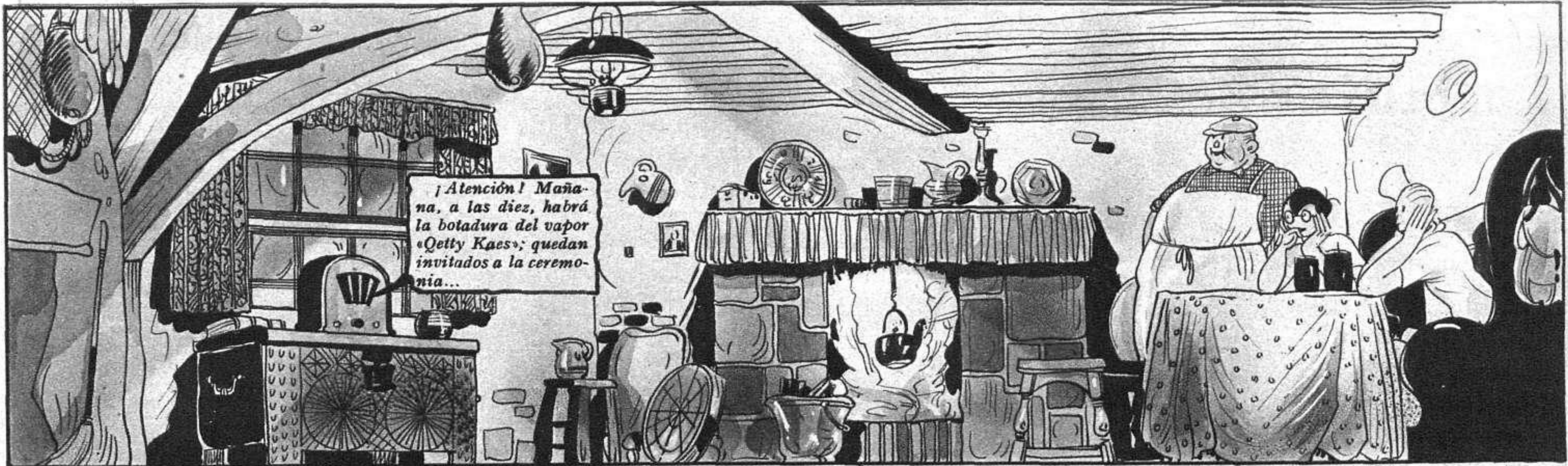
PERLAS FEMI

SIEMPRE BENEFICIOSAS PARA LA SALUD

DE VENTA EN FARMACIAS

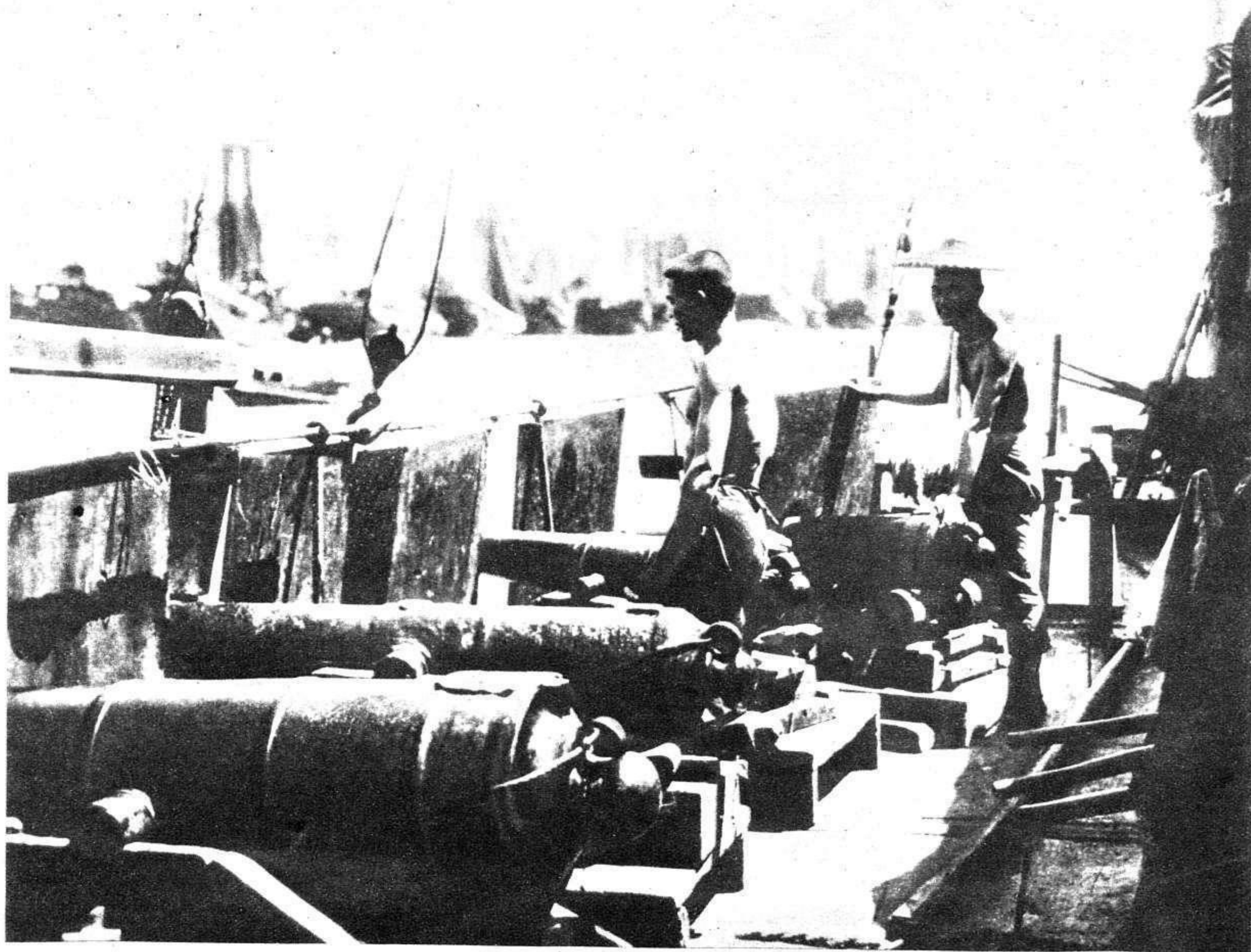
Por correo certific. Ptas. 14.50 a Dr. Viladot - Cjo. Ciento, 303 Barcelona

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLLO



El Club de la Orquídea Roja

La mujer que fué capitán de piratas en el Mar Amarillo



Los antiquísimos cañones de los actuales piratas del Mar de la China

(Fots. Suwa)

La apariencia y la verdad de un Club cantonés

EN el centro de Cantón nadie se asombra de que en uno de los magníficos edificios modernos, de cemento armado, un nuevo Club haya montado sus oficinas. Una verdadera nube de secretarías atiende los numerosos negocios en que, indudablemente, está interesado el Club de la Orquídea Roja, pomposo nombre que figura en las tablillas de metal de la entrada. Numerosos también son los socios que entran y salen en una actividad constante. Para el que está en el secreto de la verdad de dichos Clubs, poco trabajo ha de costarle suponer que dicha Sociedad no tiene el mismo significado que para los occidentales. Lo relaciona con el Club de los Rojo-azules, que fundó el mismísimo Sun-Yat-Sen, y que, en la actualidad, con 40.000 afiliados, controla casi toda la producción de opio del país, o con el Club de la Ortiga Azul, temible asociación de *gangsters* e *kidnappers*, que trae aterrorizado al Celeste Imperio, convertido en República.

El Club de la Orquídea Roja es simplemente el nombre bajo el cual se esconde la formidable Asociación de los piratas chinos del Sur. Una verdadera red de espías, soplones, agentes en todas las Casas de navegación, en los Bancos, en la Central de Teléfonos, en los despachos de Aduanas, permiten orientar perfectamente los golpes, preparando al mismo tiempo la retirada. Unos cuantos barcos, con viejos cañones protegidos por simples planchas de acero, y una escuadra de 30.000 inocentes juncos, que esconden entre ellos los barcos de combate, aseguran el éxito y protegen a los piratas de las investigaciones periódicas, que, sin mucha fe en el éxito, verifican las autoridades chinas, bajo la presión de los cónsules extranjeros.

Cómo se ingresa en esta organización de piratas

Entrar en el Club de la Orquídea Roja equivale a hacerse pirata. Y como no es cosa de poner la organización toda en manos de cualquier provocador, están tomadas todas las medidas para asegurar la fidelidad de los nuevos afiliados. Para la presentación de un nuevo miem-

bro no se exige, como pudiera creerse, toda una serie de tenebrosas pruebas terroríficas, sino que todo contrato de pirata lleva solamente una cláusula: un juramento. El nuevo adherido ha de jurar: «Si traiciono a la Orquídea Roja, que me convierta en un dragón sin cabeza; si vendo sus secretos, que los jabalíes despedacen mi cuerpo; si denuncio a un hermano, que los cerdos y los perros dispersen al viento mis huesos y los de mis antepasados.»

Los piratas reciben sin sospecha al nuevo miembro. Están seguros de él por dos razones. Una, por las complicidades con que cuentan en la Policía, gracias a las cuales serían enterados inmediatamente de las posibles confidencias de los posibles traidores, y éstos no vivirían ni una hora. La segunda razón, a pesar de parecer ingenua, es más poderosa: no hay ningún chino que sea ca-



Los hijos de los piratas viven embarcados desde sus primeros años. Ved a este «chaval», cuyos primeros juguetes han sido ya un cañón y una canana

paz de traicionar un juramento prestado sobre los restos de sus antepasados. Es en esa seguridad en donde reside el éxito de todas las aventuras piratas que han permitido, en pleno siglo XX, la supervivencia de esta organización de ladrones de los mares.

Piratas con una experiencia de más de tres siglos

De vez en cuando el lector se sorprende de la noticia que pasa en tres líneas de los diarios: un buque ha sido asaltado por los piratas, sus pasajeros han sido desvalijados de todo cuanto llevaban encima, y, sin poder detener a nadie, los piratas han logrado huir. ¿Cómo? ¿Piratas en la actualidad? Sí. Piratas, y con una experiencia de más de tres siglos. Piratas que usan las mismas primitivas armas de los bucaneros ingleses; pero que tienen tras ellos, como impulso y dirección, una organización moderna.

Los piratas chinos tienen sus islas preferidas para refugio, sus pueblos propios, sus barcos, sus agentes. No conocen quién dirige todas sus acciones, ni quién, en primer término, se beneficia del botín. Sólo saben que, en un momento dado, se les da orden de embarcar, de partir, de alcanzar una embarcación; se les describen las posibles resistencias y se les marcan los puntos a conseguir, los individuos a registrar, los sitios en que va escondido el dinero o las alhajas. No falla. De un modo mecánico, con una precisión matemática, sucede lo esperado. Y los piratas cobran nueva fe en su organización, que los dirige y los provee de municiones.

Cuando la isla de Formosa fué reino de piratas

En China, este deporte de la piratería es tradicional. Hubo piratas que llegaron a ser altos cargos en la oficialidad del Imperio. Otros dejaron su nombre, que pasa de padres a hijos, sombreado con tintes de leyenda. Incluso hubo una mujer pirata que, después de haber recorrido todos los rincones del Mar Amarillo llevando el te

rror de 75.000 bandidos enrolados bajo su disciplina, terminó sus días al frente de una casa de juego de Cantón.

No hace casi un siglo de esto. Hijos de los que sirvieron bajo sus banderas cuentan con qué admiración y respeto hablaban del «jefe» sus padres. Era durante la gran segunda época de la piratería. Desde fines del siglo XVII, en que los piratas, después de haber conquistado la isla de Formosa y haber establecido en ella un reino, reconocieron la autoridad de los emperadores manchúes, el mar no había tenido otro peligro para los navegantes que algún que otro ladrón aislado, que suplía con el terror la falta de fuerza real.

Pero hacia 1803, los robos comenzaron a tomar carácter organizado. Los piratas individuales se aliaron, y ya en 1806 contaban con una flota de 600 velas y 25.000 hombres, los cuales eran 75.000 en 1810. Seis escuadras—roja, amarilla, verde, azul, blanca y negra—eran mandadas por diferentes jefes, que reconocían la supremacía de Ching-Yih. Pero éste era un ambicioso, siempre insatisfecho de su poder, y, al igual que su antepasado había hecho con Formosa, él soñaba con hacer su reino en Indochina. Un tifón cortó la carrera del pirata.

Los piratas aceptan por capitán a una mujer

Y entonces se pudo asistir a un gracioso espectáculo. Los piratas reconocieron como sucesor, no a uno de los lugartenientes, sino a la viuda de Ching-Yih. Los feroces piratas se sometieron voluntariamente a la disciplina, un tanto femenina, de su nuevo «jefe». Aceptaron no descender del barco sin autorización; respetaban a las mujeres cautivas de las que se esperaba rescate, y cuando éste no llegaba, solamente los solteros tenían opción a apoderarse de la desgraciada; pero con la obligación de convertirla en su esposa, en cuyo caso disfrutaba en el barco de una cabina especial; estuvieron conformes con las duras penas—casi siempre a muerte—que eran impuestas a las menores faltas, como ocultación de botín, robo de provisiones a los campesinos, etc. A punto estuvo de convertirse la organización pirata en una secta de nobles y honrados industriales.

Pero fué gracias a esto a lo que debieron el poder resistir victoriosamente a los almirantes del emperador enviados contra ellos, hasta el extremo de que la corte ordenó a los jefes navales «vencer o morir», por lo que, y habiendo sido derrotados una vez más, no tuvieron otro remedio que suicidarse. La defección de dos lugartenientes llamados Pau y O-Po-Tae hizo pensar a la viuda de Ching-Yih en la conveniencia de retirarse de su peligrosa profesión, para lo que entabló relaciones con el Gobierno, que éste aceptó, encantado de quitarse de encima este peligro al reducido precio de una amnistía general.

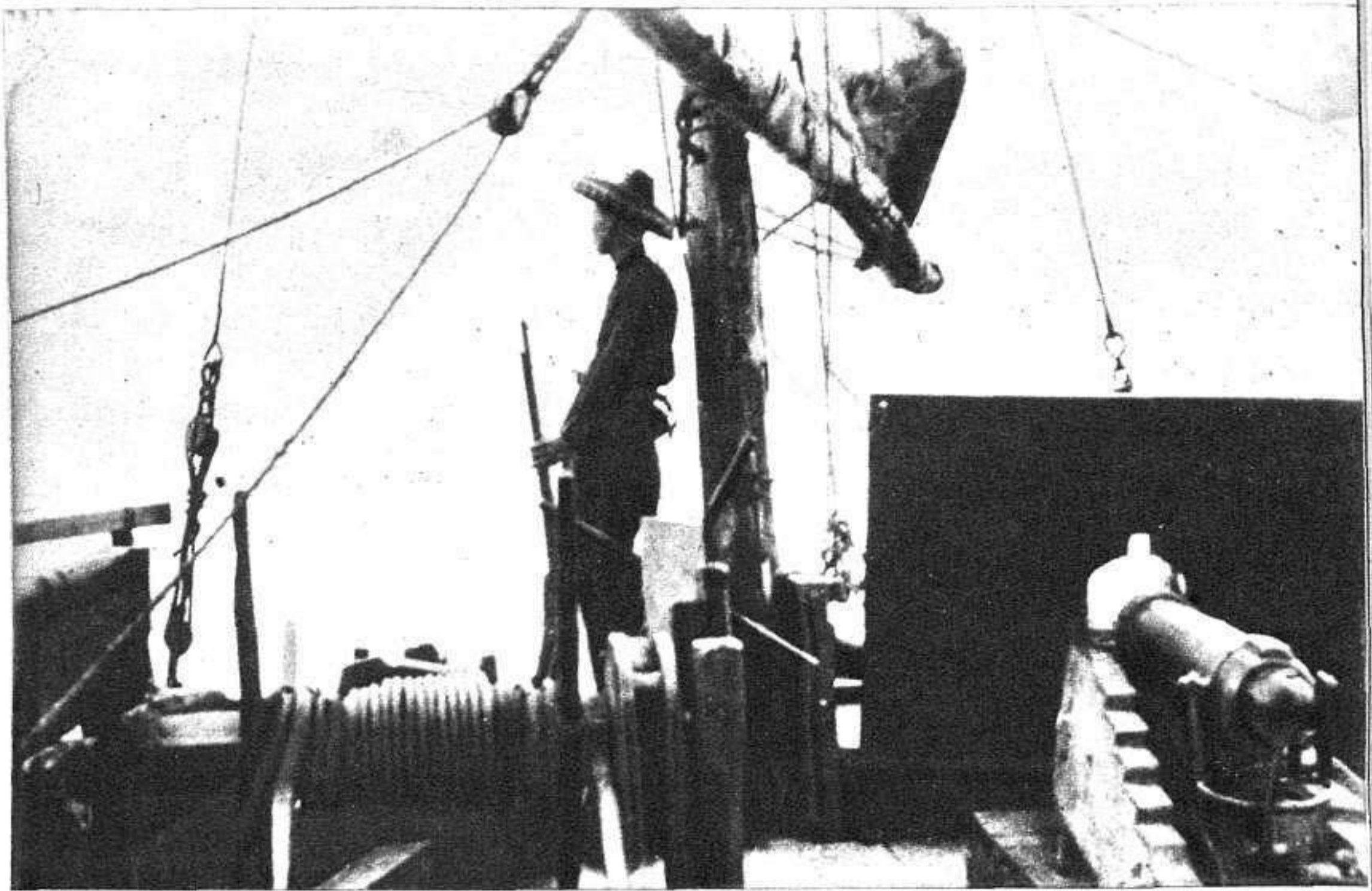
Hoy: la compleja organización de la piratería china de nuestro tiempo

Muchas más figuras piratas han pasado a la tradición china, como, por ejemplo, aquel Kou-Shing, que, después de haber combatido al emperador, y ante la inva-

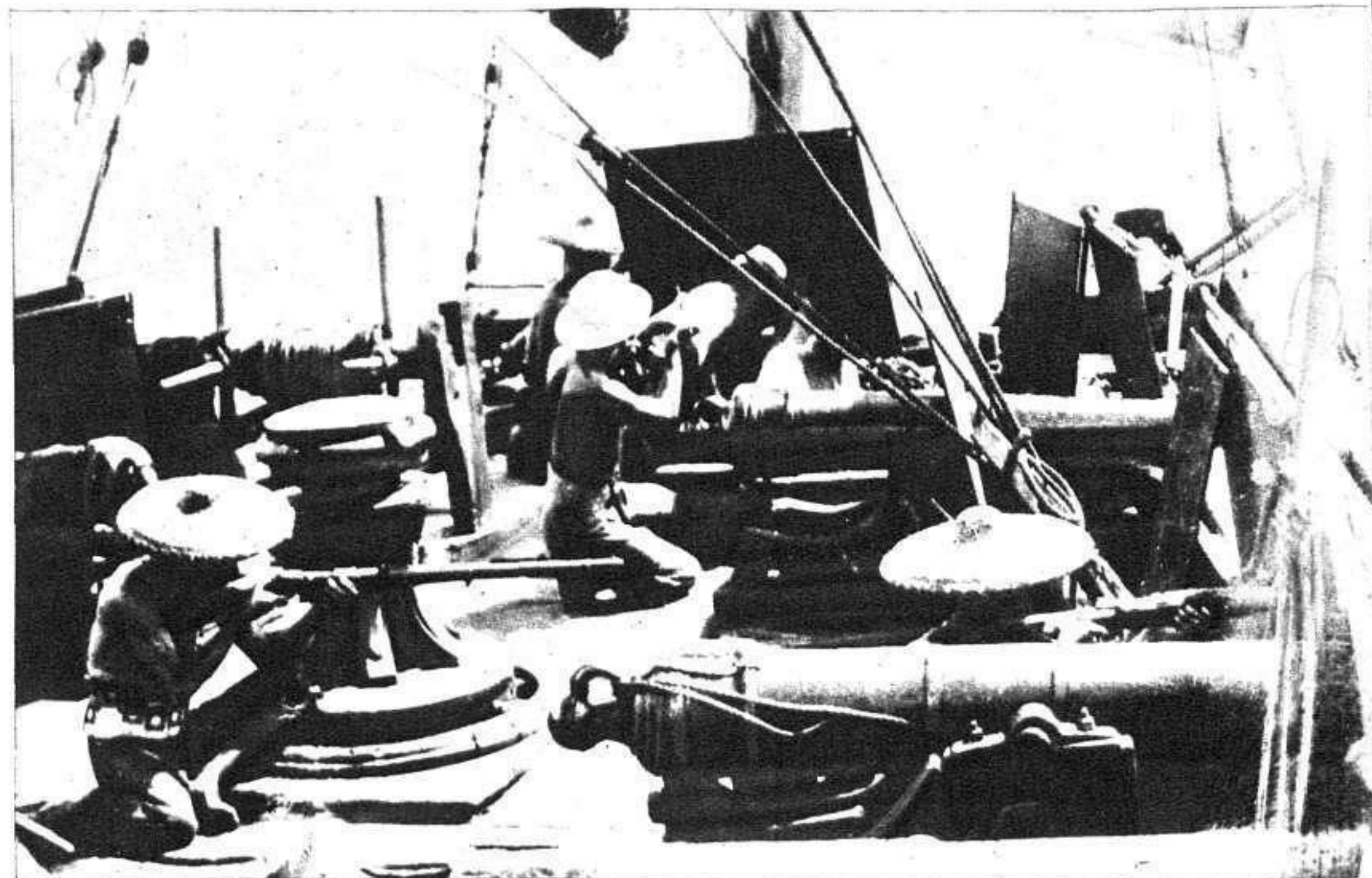


Un pirata fumador de opio junto a su hijo. En el gesto del chiquillo se advierte ya un excelente discípulo de la piratería

El centinela del barco pirata junto a los cañones que recuerdan las viejas épocas coloniales



También los piratas hacen sus prácticas de tiro. Durante ellas no utilizan los vetustos cañones, que son guardados exclusivamente para las ocasiones extraordinarias



Una aldea de piratas en una bahía perdida en la costa de Kuantung, cerca de Cantón



sión manchú, se puso al servicio de la dinastía tradicional y envió al usurpador 4.000 prisioneros que había hecho a su ejército, pero a los cuales había cortado previamente la nariz y las orejas. Y, continúa la tradición, el Hijo del Cielo manchú ordenó cortar la cabeza a sus mismos soldados, que habían tenido la debilidad de dejarse hacer prisioneros.

Pero ha pasado la tradición, y el presente, bajo otras formas, es tan rico en sorpresas como el pasado. La viuda de Khing-Yih tiene su réplica en los cientos de telefonistas, secretarías, empleadas, que en Cantón han prestado su juramento de fidelidad al Club de la Orquídea Roja.

Mientras, la organización de choque lucha aún con los mismos cañones que sus abuelos, a bordo de unos juncos primitivamente blindados, en los cuales sus hijos aprenden el oficio desde el momento en que pueden andar.

CLEMENTE MARTÍN

Este número ha sido visado por la censura



ESTAMPAS DEL FRENTE

El jinete, cabalgando a través de los campos azotados por el invierno, ha traído una orden, que los milicianos escuchan celosamente

(Fot. Albare y Segovia)